4585

JOSÉ JUAN CADENAS y SINIBALDO GUTIERREZ

La corte de los gorrones

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ADAMÍ

ADAPTADA AL CASTELLANO

Copyright, by J. Juan Cadenas y S. Gutiérrez, 1918

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/lacortedelosgorr00adam

LA CORTE DE LOS GORRONES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LA CORTE DE LOS GORRONES

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ADAMÍ

adaptada al castellano por

JOSÉ JUAN CADENAS y SINIBALDO GUTIERREZ

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 30 de diciembre de 1918

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	María Gámez.
ADRIANA	María Luisa Moneró.
ANTONIETA	Carmen Posadas.
HIPÓLITO	Rafael Ramírez.
ALBERTO	José García Aguilar.
VÍCTOR FERRARA	Francisco Alarcón.
TOMÁS	Víctor Codina.
REMIGIO	Alfredo Alaiz.
CIPRIANO	Antonio Estévez.
UN CRIADO	Enrique Navas (hijo.)
SALVADOR	N. N.

La acción en Villa-Alegre. Quinta situada en los alrededores de Milán.

ACTO PRIMERO

Salón en Villa-Alegre, hotelito de Elena Montenaro. En el ángulo del fondo, a la izquierda, una puerta que conduce al comedor. A la derecha, salida a una terraza que da al jardín. A la izquierda, dos puertas: por una de ellas se pasa al cuarto de Adriana; por la otra al resto de la casa. A la derecha, puerta por donde se va a las habitaciones de los invitados. Lujo y elegancia. A la izquierda, diván, butacas, sillas y una mesita. En el fondo, piano. A la derecha, junto a la terraza, una mesa despacho. Separa el salón del comedor una amplia cortina.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO, TOMÁS, REMIGIO, HIPÓLITO, ELENA y ADRIANA. Alberto está sentado ante la mesa de la derecha. Tomás y Remigio junto a él. Hipólito, muellemente arrellanado en un sillón, fuma un cigarro habano voluptuosamente. Elena y Adriana entran por la puerta del comedor, donde los Criados empiezan a quitar la mesa. Después dejarán caer la cortina

ELENA (A Alberto.) ¿Qué tal va eso?... ¿Lo terminó usted ya?

ALB. Todavía no. Estoy muy premioso...

REM. No encuentra los consonantes.

ELENA ¿Quieren ustedes que les ayude?

TOMÁS ¡Se necesita humor! Después de una cena como la de esta noche ponerse a hacer versos... ¡Un espanto!

HIP La ley del contraste... La cena representa la prosa.

608535

TOMÁS Prefiero esa prosa.

HIP. De acuerdo. Tanto más cuanto que esa divina prosa ha sido aderezada por mí.

ELENA Es usted un sibarita. ¡Qué gran cocinero hubiera usted hecho! Todos lo reconocemos. Pero también me place que la modesta prosa que puedo ofrecer a ustedes vaya salpimentada con la espontánea efusión de un alma poética...

ALB. (Inclinándose exageradamente.) ¡Mi alma!

HIP. Tú eres un poeta de pega. Los verdaderos poetas siempre han comido poco, antes y después de hacer sus versos... Y tú acabas de tragar de un modo que halaga mi vanidad de cocinero honorario.. ¡Así saldrá la composición!

ALB. De circunstancias... «El himno de los Gorrones...» Como si dijéramos, de los estómagos agradecidos. ¿El arte no ha de ser vida, sinceridad? ¡Pues me parece que mejor ocasión!

HIP. Desengáñate. Una oda al *beesfteak* con patatas, siempre estará mejor escrita por un hambriento que por un ahito.

ALB. (A Elena.) No le haga usted caso. A mí me basta conque usted me comprenda.

HIP. (A Elena.) Perdería usted mi estimación.

ALB. (Levantándose con cómica solemnidad.) Señora: para que «El himno de los Gorrones» resulte una verdadera preciosidad, necesito a mi alrededor un silencio absoluto y un recogimiento religioso.

ELENA ¿Silencio y recogimiento? Entonces refúgiense ustedes en mi despacho.

REM. Un momento. Iremos al despacho. Pero antes quiero protestar enérgicamente del gusto insuperablemente deplorable conque está amueblada esa habitación de esta su casa.

ELENA ¡Cómo! Si no he hecho más que seguir puntualmente sus indicaciones!

REM. Reconozco que los muebles se ajustan bastante a mis consejos, pero su disposición es absurda. Eché un vistazo antes de la cena, ¡y mi sentido estético se resintió de un modo horrible!

HIP. Felizmente tampoco a ti te hizo perder esa contrariedad el apetito.

ELENA (A Remigio.) Como la semana anterior no se

dignó usted parecer por aquí... tuve que arreglarlo yo todo como mejor pude.

REM. Mal hecho. Debió usted telegrafiarme.

ALB. Lo arreglarás mañana. No te atormentes... Ahora ven a trabajar conmigo. Y tú también, Tomás... ¡No te duermas! ¡Espabílate!

TOMÁS No me duermo. ¡Es que medito! Ese asunto de los muebles me preocupa. Ha sido un gasto inútil.

ELENA Señor Ministro de Hacienda, mi presupuesto no se desnivelará por ese desembolso.. ¡Tranquilícese usted!

TOMÁS Bueno que gaste usted en convidarnos a comer. Eso tiene una finalidad práctica. Pero en comprar muebles... ¡no estoy conforme! Accedí por complacer a Remigio que odia el estilo Imperio, pero estoy bien arrepentido.

ALB. Se suspende esta discusión. Vamos. (A Adriana que ha permanecido callada y como aparte.) Adriana, ¿quiere usted acompañarnos? Nos inspirará usted... Será usted nuestra musa...

ADRIA. Prefiero aguardarles a ustedes... sin salir del Olimpo.

ALB. Hágase su voluntad. (Entra en el despacho con Remigio y Tomás.)

ELENA (Desde la puerta.) Enciendan ustedes la luz.

HIP. ¿Para qué? Los grandes crímenes se han perpetrado siempre entre sombras... Y aunque enciendan seguirán a oscuras. Les faltará siempre la luz de la inteligencia.
(Elena enciende.)

ESCENA II

ELENA, ADRIANA, HIPOLITO

ELENA (A Hipólito.) Y usted, ¿no quiere colaborar?

HIP. ¿Le molesta a usted mucho que me quede aquí?

ELENA De ninguna manera.

HIP. Ni a mí tampoco. Esta poltrona es todo un poema; este cigarro un soneto... Este reposo dulcísimo, un madrigal...

ELENA ¡Egoísta!

HIP. Dice usted bien: de ser egoísta y de nada más me enorgullezco. ¡Y por ser su casa el

nido ideal para un egoísta intransigente, me encuentro en su casa de usted tan en mis glorias!...

ELENA ¡Gracias en nombre de mi casa!

HIP. No hay de qué. ¿Quiere usted una prueba? Nos encanta venir aquí, al menos un par de veces por semana, lejos del mundanal ruido, ante todo por el placer de disfrutar las delicias de una hospitalidad amabilísima; después, por el gusto de que nos envidien los excluídos... ¡Dos variantes sabrosísimas del egoísmo!

ELENA Al menos no trata usted de disimular su defecto; ¡ya es una buena cualidad!

HIP. Pero, ¿cree usted estar libre de ese defecto?

ELENA ¡Insolente!

HIP. Vamos a cuentas. ¿Por qué le ha dado usted un adiós al mundo viniendo a recluirse en esta soledad? Para librarse de majaderos, que son las espinas de la vida diaria. Para poderse rodear a su gusto de unas cuantas personas simpáticas, leales, escogidas... ¡De flores! ¡Las flores somos nosotros! Claro está que ahora la egoísta es usted. (Dirigiéndose a Adriana que ha permanecido junto a la terraza como absorta.) ¿Tengo yo razón, baronesita?

ADRIA. Perdone usted, estaba distraída.

HIP. Hacía el elogio del egoísmo, padre del amor, hijo de la felicidad, hermano .. bueno, no sé a punto fijo de quién es hermano.

ADRIA. ¡Es usted abominable!

HIP. ¡Diablo! ¡Qué respuesta tan seca, tan agresiva! Yo, cuando no comparto las opiniones ajenas, las admiro y las respeto.

ADRIA. ¡Malo! Empezar admirando una mala idea es peligroso... ¡acaba uno siempre por abrazarla!

HIP. ¡Qué equivocación! Ejemplo: yo la admiro a usted hace años... y no la he podido abrazar todavía!

ADRIA. ¡No lo sienta! ¡Sería una disilusión! (Riendo.)

HIP. ¿Para mí o para usted?

ADRIA. (Riendo más.) ¡Para mí, para mí!

HIP. ¡Albricias! ¡He conseguido hacerla a usted sonreir! Un milagro que ninguno de nosotros había logrado realizar esta noche.

ELENA Cierto. Estás contagiosamente triste.

ADRIA. Ya sabes el motivo.

ELENA Y tú el remedio. Pones un telegrama y te quedas.

HIP. «Maridito mío: Imposible partir. Elena y compañeros impídenlo a viva fuerza. Accedo.»

ELENA (Completando.) «Besos, Adriana.»

HIP. Eso es. Ponga usted los besos. Por diez céntimos más se puede hacer la felicidad de un hombre. ¡Y aún dicen que la felicidad cuesta cara!

ADRIA. No puedo... no puedo... Y eso es lo que me entristece... Me había llegado a acostumbrar a esta vida.

HIP. ¡Lo comprendo! No se puede renunciar sin pena a las delicias de este minúsculo Paraíso... ¡Aquí no falta nada! Un ama de la casa que no califico para no aumentar—¡todavía!—su hermosura haciendo subir el rubor a su cara; un mayordomo de aspecto británico, que es la corrección misma. Algunos criados que no hablan, una doncellita que a veces habla demasiado... y... ¡nosotros! ¿Qué más se puede pedir?

ELENA (A Adriana.) ¿Eres de su parecer?

ADRIA. ¡Tanto que empiezo a comprender lo que antes de llegar aquí me parecía un absurdo!

HIP. A todos nos parecía absurdo hace dos años. ¡a todos! Se decía: Elena Monterano, la exquisita, la elegantísima Elena, hace voto de soledad! ¡Y por un motivo insignificante! ¡Porque se le ha muerto el marido! ¡Total!

ELENA ¡Hipólito!

HIP. ¡Yo no hago más que relatar! Eran las voces que hacían correr los *amigos*... Claro que no les faltaba razón para extrañarse,. (A Adriana.) Porque vamos a ver, ¿usted qué haría si se le muriese su marido? Todo lo más... todo lo más, ¡quedarse viuda!

ELENA ¡Y si no hubieran dicho más que eso! La maledicencia me hizo blanco de las peores insinuaciones... Había que ahogarse o huir...

HIP. Y usted hizo como Noé... Decidió construir el Arca y salvarse... Se decía: «¡Ha huído!» Pero... ¿a dónde? Pero, se volvió a añadir: «¿Con quién?»

ELENA ¡Hipólito!

ADRIA. Tratándose de Noé... debieron pensar que con una pareja de animales de cada especie...

HIP. (Con la risa del conejo.) ¡Muy espiritual! (Continuando.) Yo no hago más que relatar... Eran los arañazos de la gente cicatera. Una catarata de suspicacias, chismecillos, de suposiciones malévolas. Nada podría probarse ni desmentirse... ¿Cuánto tiempo transcurrió así? No recuerdo. Sólo sé que al fin la gente—los amigos y los enemigos, pretendientes, conocidos, parientes y testamentarios—esas cincuenta personas que nos rodean y hemos dado en llamar el *mundo*, acabaron por callar y Elena pasó a ser un vago recuerdo y un enigma.

ADRIA. Es muy interesante.

HIP. Aguarde usted. Ahora viene lo de los animales. ¿Imagina usted nuestro estupor al recibir un día un telegrama con la augustísima firma?

ELENA ¿Lo recuerda?

HIP. Como si lo tuviera delante de los ojos. «Le espero mañana en Villa-Alegre.» Una raya. «No falte.» Otra raya, y después, «Elena, Montenaro.» Punto. El punto de partida para la felicidad. Desde aquel día nos constituímos aquí en la Colonia más adorable que se pueda imaginar. Después de un almuerzo estupendo proclamamos a Elena reina constitucional. Y nosotros nos erigimos en su Gobierno responsable. ¡Su Guardia de Corps!

ELENA ¡Y qué Guardia!

HIP. Digna de un cuerpo tan sandunguero.

ELENA ¡Tiránica!

HIP. ¡Por su propia voluntad!

ELENA ¡Inflexible!

HIP. ¡Para nuestro bien y nuestra alegría!

ELENA ¡Pero, en el fondo, muy entretenida!

HIP. ¡Menos mal!

ELENA ¡Han cometido muchas locuras!

HIP. ¡Siempre para curar de su locura a alguien!

ELENA Entonces, ¿es una locura enamorarse de mí?

HIP. Lo es enamorarse en general. Y en este caso particular lo es doble, porque aquí estamos nosotros para combatir a quien se atreva a enamorarse.

ADRIA. ¿Y tú lo consientes?

ELENA No lo consiento. Lo procuro.

HIP. ¡Muy bien! Nosotros tenemos aquí una importancia grandísima, encantadora Adriana. Somos órganos indispensables para el buen funcionamiento de esta Monarquía.

ELENA Me tienen muy mal acostumbrada. (A Adriana.) ¿Lo querrás creer? No sabría disponer un simple almuerzo sin el concurso de Hipólito.

HIP. (A Adriana.) Y ya ha podido usted apreciar mi trabajo por la cena de esta noche... ¡Una maravilla culinaria!

ELENA (Continuando.) Ni me atrevo a encargarme un vestido sin que le dé su aprobación Alberto.

HIP. Ya se nota también, por el que lleva puesto; el colmo del mal gusto.

ELENA Ni pago una cuenta que no haya visado antes Tomás.

HIP. ... Que es como todos los Ministros de Hacienda. Economiza en lo necesario y derrocha en lo superfluo.

ELENA ... Y si has encontrado en la disposición de toda la casa un orden y una limpieza tan impecables...

HIP. (Interrumpiéndola.) ¡Es porque no le consentimos a Remigio que se ocupe para nada del asunto!

ELENA (A Hipólito.) No se haga usted el terrible. ¡Demasiado reconoce usted el mérito de nuestros amigos... ¡Como que no sabría usted pasarse sin ellos!

HIP. Son ellos los que no pueden prescindir de mí. Soy el confesor universal... Me cuentan todas sus alegrías y todas sus penas.

ADRIA. (Riendo.) ¡Pues ya le ha caído a usted que hacer!

HIP. Lo considero como una misión celestial... y la desempeño con unción evangélica.

ADRIA. Admito el Evangelio; pero no puedo comprender que una mujer, y una mujer como Elena, pueda renunciar a lo otro.

HIP. ¿Qué es lo otro?

ADRIA. ¡El amor!

ELENA Lo comprenderías si le hubieras entregado tu nombre y tu juventud a un hombre que sólo acertase a hacerte llevar una vida insignificante—vacía—de ostentación y vanidad ridículas... Si, viuda ya, sólo hubieras hallado a tu alrededor cálculos egoístas, deseos

mal contenidos, fingimientos... Entonces verías como yo que sólo hay una felicidad y es esta. (Pausa.) ¡El amor! ¡El amor no existe! O al menos yo todavía no sé qué es el amor... Y prefiero seguir ignorándolo, para no perder mi apacible tranquilidad, primero, y para no exponerme además a tristes desilusiones.

HIP. ¡Así habla una mujer sensata! Por consiguiente... ¡no se admiten enamorados! En dos años, ¿a cuántos pusimos al fresco, amiga Elena?

ELENA ¡No los he contado todavía!

HIP. ¡Una devastación!

ADRIA. ¿Y eso será eternamente?

HIP. ¡Vaya una pregunta! Al propio Lohengrin que se presente, le daremos una carrera en pelo... ¡y nos comeremos el Cisne en pepitoria!

ESCENA III

DICHOS, un CRIADO y VICTOR FERRADA

CRIADO (Anunciando.) El señor Ferrara.

ELENA (Muy sorprendida.) ¡Ferrara! ¿Es posible?

HIP. ¿De dónde sale ese bicharraco?

ELENA ¡Sabelo Dios! ¡Que pase! (Indica con un gesto al Criado que pase el visitante.)

(Vase el Criado.)

ADRIA. (Aparte a Hipólito.) ¿Lohengrin?

HIP. No; Parsifal, su señor padre.

(Entra Víctor Ferrada. Es más bien viejo, pero muy almibarado y cuidadoso de su persona.)

ELENA ¡Amigo Ferrara!... Sea usted bien venido... La vuelta del hijo pródigo.

VÍCTOR (Besándole la mano.) Gracias... Muchas gracias... Señores...

HIP. ¿Y cuándo, cuándo ha venido usted?

VÍCTOR A Milan llegué anoche. Aquí hace un rato; en el expreso de las ocho.

ELENA ¡Cinco meses!

VÍCTOR Seis, señora. Seis meses y catorce días, para decirlo con toda exactitud.

HIP. Cinco para curarse de la enfermedad... Mes y medio para la convalecencia.

ELENA (Presentando.) La Baronesa de Castro, mi amiga de la infancia.

VÍCTOR (Besándole la mano.) ¿Castro? ¿Adriana de Castro? (Consultando un cuadernillo de notas.) Tuve el honor de serle presentado a su esposo hace cuatro años... Nos volvimos a ver en Viena dos años más tarde... El día siete de Abril. Tomamos juntos el té en el Splendid Hotel... Llovía.

ADRIA. (Un poco confusa, como quien hace memoria.) ¡Ah, sí!... Ya recuerdo...

VÍCTOR No está usted obligada a recordar... Pero es mi deber y mi orgullo acordarme de usted.

HIP. El amigo tiene una memoria de granito y un corazón de manteca.

VÍCTOR Usted perdone... Con la experiencia, ya que no con la edad, mi corazón ha llegado a ser de mármol. (Mirando a Elena.) Estoy curado para siempre... Sin temor a recaídas.

ELENA ¡Y se envanece de ello! Estoy por considerarlo casi como una ofensa.

VÍCTOR No hay ofensa en no atacar a quien tan bien supo defenderse.

HIP. ¡Bien contestado! Me complace encontrar de nuevo al noble militar heroico hasta con las mujeres.

VÍCTOR ¡Y con el más bello de los heroísmos!

HIP. Cabal; la fuga.

ADRIA. (Riendo.) Es verdad... Ahora sí que hago memoria... En Viena también supo retirarse a tiempo...

HIP. Las retiradas gloriosas son su especialidad. El amor, su padecimiento crónico...

VÍCTOR ¡Qué remedio me queda si me enamoro tan fácilmente!

ADRIA. Evitar el contagio. Tener las mujeres a distancia.

VICTOR Suelen ser ellas las que me tienen a raya a mí. Soy muy desgraciado. En cuanto les espeto una declaración, se me ponen serias. Yo comprendo que no me han comprendido, y hago la maleta. ¡Cambio de aires!.. Gasto un kilométrico y vuelvo curado. No hay nada mejor para olvidar.

HIP. Es un comisionista de sus propias ilusiones. Cada departamento de ferrocarril, cada camarote de barco, es sarcófago de un recuer-

do amoroso. Viaja y olvida. Se enamora y vuelve a viajar.

VÍCTOR Me siento libre del ataque.

HIP. Hasta que recae en la primera ocasión.

ADRIA. Pues debe usted haber viajado mucho.

VÍCTOR Sí. Mucho. Y he aprendido muchas cosas viajando.

ELENA Excepto la más importante: la ciencia de no volverse a enamorar.

HIP. Es que necesita ignorarla para tener que hacer viajes y aprender todo lo demás.

VÍCTOR Justamente. Ahora, por ejemplo, he estado en Holanda.

ELENA ¿De veras? Cuente, cuente usted.

VÍCTOR Es un país muy interesante. Mucha tranquilidad; hermosísimas mujeres; leche exquisita; demasiado queso...

HIP. (A Adriana.) ¡Cuán sobrio y expresivo! ¡No se pueden pintar los Países Bajos en menos palabras!

ADRIA. ¿Qué rincón del mundo le queda a usted que ver todavía?

VÍCTOR No he estado en Egipto, por ejemplo.

HIP. ¿No? Adriana, tómese usted el trabajo de enviarle a contemplar las momias de los Faraones. Si es que no prefiere caer rendida en sus brazos..

(Llaman a la puerta de la derecha.)

ELENA ¡Les habíamos olvidado!

VÍCTOR ¿Quiénes son?

HIP. Las nueve musas, reducidas a tres por economía.

ELENA (En la puerta.) ¿Surgió la maravilla?

ALB. (Saliendo.) ¡Una obra maestra!

ESCENA IV

DICHOS, ALBERTO y REMIGIO

ELENA ¿Y Tomás?

ALB. Ahí dentro. Se durmió a la segunda estrofa, rendido de haber colaborado en la primera. (Viendo a Víctor. Con cómico terror.) ¡Cielo santo, el señor Ferrara! ¿Qué viento le trae a usted por aquí?

VÍCTOR (Dándole la mano.) Viento de calma, naturalmente.

REM. ¿Se puede creer? ¿Vuelve el corazón a funcionar con regularidad?

HIP. Como un reloj.

REM. ¿Le damos a usted el pésame o la enhorabuena?

VÍCTOR Lo que usted guste. A mí me da lo mismo. Sólo sé que la lección fué dura y la he aprovechado. Y ahora únicamente tengo una aspiración. ¿Puedo exponerla?

HIP. Sus aspiraciones me asustan. Sin embargo, veamos.

VÍCTOR Vamos allá. Un buen día, mi cansado corazón creyó florecer de nuevo al influjo de tanta hermosura y tanta bondad... (Señala a Elena, que hace una exagerada reverencia.)

HIP. (A Alberto.) ¡Esto sí que es un poeta!

VÍCTOR (Continuando.) Pero no contaba con que la conquista, claro está que la conquista como Dios manda, ante el cura y ante el juez, no sólo era por sí sola muy difícil, sino que la hacía imposible una especie de Santa Alianza que usaba entre sus armas poderosas, la más irresistible: ¡el ridículo! Sí, señores. ¡Bien se divirtieron ustedes a mi costa! Y tenían ustedes razón. Me defendí como pude; pero al fin tuve que sucumbir.

HIP. Es un confiteor en toda regla.

VÍCTOR ¡Yo, pecador!... Y hecha pública confesión de mis culpas, pido humildemente unirme a los conjurados en la salutífera labor de luchar contra cualquier pretendiente que quiera con mano rapaz adueñarse de esta manita tibia, sedosa y blanca. (Toma religiosamente la mano de Elena y la besa, mientras los demás aplauden.)

ESCENA V

DICHOS y TOMAS

TOMÁS (Entrando rápidamente todavía medio dormido.) ¡Bravo! ¡Bien! Uno al vuestro mi aplauso, aunque los cuatro primeros versos sean míos...

HIP. Retira el aplauso. No hemos examinado aún el himno. Aplaudimos el desinteresado propósito del amigo Ferrara... Pretende pa-

sarse a nuestras filas ya que en las suyas no se triunfa, ¡se muere!

TOMÁS (Sorprendido.) ¿Cómo?... ¿Ferrara?... ¿Usted?... ¿De dónde sale este hombre?

VÍCTOR De Holanda.

TOMÁS Pero... ¡me parece estar soñando!

HIP. Ya no. Hace poco era cuando roncabas por lo menos. (A Víctor.) Respecto a su petición, deliberaremos. Tal vez esta misma noche podamos darle a usted una respuesta. El asunto es grave.

VÍCTOR ¿Pero puede tal vez suponer?...

HIP. (Después de un momento de vacilación.) ¡Espere! Ahora nos reclama otra inaplazable obligación. Juzgar a un poeta. (A Alberto.) Trae acá ese explosivo.

ALB. (Dándole unas cuartillas.) ¡Pido benevolencia!

HIP. Se procederá en justicia. (Hipólito se sienta próximo a la terraza. Los demás se agrupan a su alrededor. Hipólito irá leyendo los versos lentamente. Comentarios de todos a cada paso. Alberto se sienta alejado de los otros en primer término. Adriana, ante sus llamadas insistentes, poco a poco se le acerca.)

ALB. Aguardo el fallo estoicamente.

HIP. (A los otros.) ¡Atención! Todo el mundo aquí. (Leyendo.)

¡De Raquel en la cabaña
hallarás mil alicientes!...

¡Alicientes! ¡Vaya un ripio!

TOMÁS ¡Un espanto! ¿Y quién es Raquel?

ELENA Yo; eso está claro.

ALB. (Volviéndose.) ¡Es una imagen bíblica!

HIP. ¡Qué profundidad! .. Adelante.

De Raquel en la cabaña
hallarás mil alicientes;
mas su corazón no intentes
conquistar, conquistador.

¡No va del todo mal! (Continúa.)

Porque en su reino dichoso
un brujo de gran influjo
por artículo de lujo
ha suprimido el amor.

¡Qué lástima! Eso del artículo de lujo es muy ordinario. (Sigue leyendo.)

Generosos vinos,
platos muy sabrosos,
comestibles finos,
frutos coloniales...

(Hablando.) ¡Alto! ¡Un desastre! Parece el anuncio de una tienda de ultramarinos...

VÍCTOR ¡Este hombre ha despachado muchos kilos de pastas para sopa!

REM. ¡Un poeta con sabañones!

TOMÁS ¡A pesar de los mitones! ¡Consonante!

HIP. A corregir sin piedad... ¡Mano al escalpelo!

(Se dispone a hacerlo así. Los otros, de cuando en cuando, comentan y ríen.)

ADRIA. Amigo mío: temo que van a destrozar su composición...

ALB. ¡Sería una injusticia! Si al menos quisiera usted darme algún consuelo...

ADRIA. Dígame usted cómo.

ALB. Muy sencillo. Que una usted su suerte a la mía... Y si yo me ahogo... ¡que nos entierren juntos!

ADRIA. ¿Y qué camino hay que seguir?

ALB. ¡Un precipicio!

ADRIA. (Riendo.) ¡No es muy tentador!

ALB. ¡Ah! ¿Se asusta usted de los precipicios?... Pues en la vida es lo único interesante. Los precipicios morales, se entiende. Es decir, aquellos parajes donde peligra la moral...

ADRIA. Le ruego que no insista... o iré a reunirme con los otros...

ALB. (Cogiéndola el vestido.) ¡No se vaya usted! O me muero...

ADRIA. ¿Está usted loco?

ALB. Sí. Y es usted quien me enloquece, quien me exaspera esta noche con su desdeñosa frialdad.

ADRIA No es frialdad; ¡es tristeza!

ALB. Para mí, sobre todo. Se va usted mañana temprano... ¡y tengo que contarla a usted tantas cosas!...

ADRIA. ¡Cuéntemelas usted!

ALB. ¿Aquí? ¡Imposible!

ADRIA. ¿Pues dónde?

ALB. Más tarde... en su cuarto.

ADRIA. ¡Qué audacia!... ¡Es increíble!...

ALB. Verdad. A mí también me lo parece... Yo mismo estoy asombrado de mi atrevimien-

to... Pero usted debe... usted debe esperarme...

ADRIA. ¡Nunca! ¡Eso nunca! (Levantándose.)

ALB. (Reteniéndola.) ¡Cinco años! Hace cinco años que quiero hablarle a usted... Siempre me faltó el valor. Le encuentro ahora sin saber cómo... ¿y quiere usted que me calle?

ADRIA. ¿Cinco años?

ALB. Sí, Adriana... ¿No lo recuerda?

HIP. ¿Qué os parece esto? (Leyendo.)

Contra el frío del invierno
siempre ha dado
excelente resultado
el calor de la amistad...

¡Otro reclamo! Ahora es de un específico... (Risas.)

TOMÁS ¡Eres un poeta de cuarta plana!

ALB. (Continuando.) ¿No lo recuerda usted?... Me sentí valeroso aquella noche de improviso, cuando ya era tarde... Supe que se casaba usted... Y que se iba usted lejos, muy lejos... Ahora la encuentro a usted otra vez más bella, más fascinadora, más mujer... No me resigno a callar... Si no quiere usted quererme, no me quiera... Pero he de decirla a usted que la adoro quedo, al oído o a gritos, delante de todo el mundo...

ADRIA. ¡Me da usted miedo...

ALB. Consienta usted en escucharme... Si mis palabras no la conmueven, ¿qué peligro hay en oirlas?... Usted permanecerá insensible y me dejará marchar, para siempre esta vez... ¿Qué le costaría?

ADRIA. Puede costarme la paz de la conciencia.

ALB. Sólo si encuentra en su alma eco mi amor... Y un verdadero amor bien se puede comprar con un remordimiento. (Suplicante a Adriana.) No sea usted cruel... Antes que terminen... Dígame que acudirá...

ADRIA. ¡Imposible! Es una insensatez... ¡una maldad!

ALB. Irá usted. Lo leo en sus ojos que no se atreven a negar como los labios...

ADRIA (Débilmente.) No... no...

HIP. (Leyendo.)

Y ha de estar mejor guardada

que lo está en el mar la esponja
y en su convento una monja;
nuestra Elena idolatrada...

ELENA (Añadiendo.)

Que se va ruborizada
al oir tanta lisonja.

(Se destaca del grupo. Ve a Alberto y Adriana que hablan conmovidos y se les acerca sigilosamente tratando de oirles.)

ALB. En el jardín, junto al estanque... en el cenador. Contemplaremos las estrellas que vieron impasibles nacer y morir tantos amores, tantas vidas fugaces... Y ante esa eterna grandeza comprenderá usted lo vano de nuestros terrores, lo inocente de nuestras maldades. Sacrificarles un minuto de amor, ¡esa sí que es incesante! Y ahora... ¡hasta luego! Levántese usted... Pero no con ese abandono cobarde... ¡Con energía! ¡Con fuerza!... (Adriana se levanta maquinalmente como obedeciendo a una sugestión hipnótica.) ¡Sonría usted!... Así, no... ¡Es una mueca! Con su franca y clara sonrisa. ¡Así! Ande usted un poco... ¡Bravo! Así... (Adriana se acerca al grupo. Alberto saca del bolsillo el pañuelo y se enjuga el sudor.) Me costó... ¡pero es mía! ¡Es mía! (Se levanta, se vuelve y se encuentra cara a cara con Elena que le estaba espiando. Cambio de tono.) ¿Está usted satisfecha?

ELENA (Con doble sentido.) ¡Muchísimo!

ALB. Lo celebro. No he trabajado en balde.

HIP. (Tendiéndole la mano.) No te creía capaz de tanto.

ALB. Pues todavía soy capaz de más y... ¡peor!...

ELENA (Idem.) ¡También yo lo creo!

ALB. (Continuando.) Tales elogios me abruman... ¡Os confieso que estoy emocionado! No sé qué decir...

HIP. Pues no digas nada. Serénate...

ELENA ¡Qué esfuerzo de imaginación! Se habrá usted quedado rendido... ¿Quiere usted una taza de té?

ALB. No, gracias; me desvela. Sería contraproducente... Eso sí, estoy cansado, muy cansado...

ELENA ¡Me lo figuro! ¡Pobrecillo! (A los otros.) Y ya

que hemos consagrado un altísimo poeta, no olvidemos que nuestra irreductible amiga insiste en salir mañana en el primer tren.

VÍCTOR (Tímidamente.) Yo desearía saber, antes de irme a dormir, para dormir tranquilo, si mi solicitud es atendida.

HIP. (A Elena.) Un ministro más, ¿no le da miedo?

ELENA Si promete formalmente no intentar otro golpe de Estado...

VÍCTOR Observaré la constitución con toda escrupulosidad.

HIP. Celebremos, pues, la solemne ceremonia de tomarle juramento. ¡De rodillas! Estamos de ceremonia solemne. ¡Ingresa un neófito! ¿Juráis defender a nuestra reina Elena Montenaro, de los ataques de los presentes, los ausentes y los pretendientes impertinentes?

TODOS ¡Sí, juro!

HIP. ¿Juráis desplumar, cocinar y devorar al que falte al pacto, en el acto, *ipso facto?*

TODOS ¡Sí, juro! ¡Sí, juro! ¡Sí, juro!

HIP. (A Salvador.) ¡Ha terminado! El altar puede volver a la cocina.

SALV. Buenas noches, señores. (Vase.)

VÍCTOR Ahora me voy contento. Desvanecida una risueña ilusión, otra se realiza.

TOMÁS (Bostezando.) ¿No les parece a ustedes que ya va siendo tarde?... No lo digo porque yo tenga sueño.

ADRIA. (Saludando.) Amigos míos: me voy mañana... y lo hago acariciando la esperanza de volver. Gracias a todos por las horas felices que entre todos supieron hacerme pasar. Conservaré de ellas un recuerdo imborrable.

HIP. Ese será para nosotros el mejor premio. (Le besa la mano. Todos los demás le saludan.)

ALB. Abríguese usted bien al salir mañana temprano... La hora del rocío es muy malsana en este país.

ELENA Tiene mucho empeño en devolverte a tu marido sana y salva.

HIP. Cuando éste se pone, es de una delicadeza exquisita.

ELENA (A Adriana.) Te acompaño. (A los demás.) Hasta mañana. Buenas noches. (Saludos. Adriana y Elena vanse juntas por la izquierda.)

VÍCTOR (Siguiendo con la mirada a Adriana.) ¡Qué estupenda mujer la tal baronesita de Castro!

Dulce y sabrosa... Y poco feliz, según cuentan. Pero... ¡están verdes!

HIP. ¡Pruebe usted a consolarla!

ALB. *¿Turris ebúrnea!*

VÍCTOR ¿Cómo dice?

ALB. ¡E inexpugnable!

VÍCTOR Para mí es lo mismo. Yo ya no tomo ni aún las plazas abiertas. ¡Soy inofensivo!

HIP. ¡No tanta modestia! Un tiempo hubo en que nos llegó usted a inquietar seriamente.

VÍCTOR Y ahora, ¿no hay enemigo a la vista?

HIP. ¿Para Elena?... Nada. No se preocupe. Reina la paz en... Varsovia.

VÍCTOR Avísenme cuando ocurra algo y cuenten ustedes con mi ayuda y mi vigilancia.

HIP. ¿Se percató usted ya de la trascendencia de su nueva misión?

VÍCTOR Seré una fiera. Al que se atreva a hacerle el amor a Elena, ¡le asesino! (Saludando.) Buenas noches.

TODOS Buenas noches, compañero.

(Vase Víctor.)

ESCENA VI

HIPOLITO, TOMAS, ALBERTO y REMIGIO

HIP. ¡Qué tío tan cargante!

TOMÁS ¡Un espanto! Hemos hecho mal en darle beligerancia.

REM. Siempre le consideraremos como un intruso en nuestra intimidad.

HIP. No. Es un señor muy decorativo. Nos reiremos más de una vez a su costa.

TOMÁS ¡Como siempre! Siempre está en ridículo.

HIP. Es su vocación. Será el Tonino de la compañía.

REM. Pero con iguales derechos que nosotros. Nos hemos de arrepentir de haberle dado importancia.

HIP. ¿Quién se la da? ¡No existe! Importancia la nuestra. Mutua y redonda. Yo tengo importancia para vosotros. Vosotros tenéis alguna para mí. Nosotros cuatro nos completamos.

ALB. ¿Va a ser eso muy largo? Porque me estoy cayendo de sueño.

HIP. El trabajo intelectual te mata. Alberto, no reincidas. Estás paliducho.

ALB. Por eso quiero irme a dormir.

HIP. Pues mira, la palidez te sienta bien. ¡Qué interesante! (Yéndose todos.)

TOMÁS Yo he de madrugar mañana para visar las cuentas del mayordomo.

REM. Pues yo me ocuparé de la nueva colocación de los muebles en el despacho. Hay que cambiarlo todo. ¿Lo habéis visto? ¡Es una desdicha!

HIP. Sin nosotros, ¿qué sería de esta casa?

ESCENA VII

ANTONIETA y CIPRIANO

ANT. (Entra y cruza la escena. Va a la galería, mira al jardín completamente entre sombras. Llama quedamente.) Cipriano... Cipriano.

CIP. (Entrando por el jardín, gravemente.) ¿Se fueron a dormir ya los gorrones?

ANT. Sí. ¿Qué estabas haciendo?

CIP. ¡Pensaba en ti!

ANT. ¡Gracias, gatito!

CIP. No te lo mereces. ¡Eres una coqueta! Todo el día te lo pasas haciéndoles zalamerías a los huéspedes... y ellos se aprovechan... y yo sudo.

ANT. Hay que hacerse simpática. Sinó no me dan propina.

CIP. ¡Que no te la den!

ANT. Luego me pides para tabaco.

CIP. ¡Encima, échamelo en cara! Pretextos de mujeres. En cuanto uno os acepta un obsequio, os creeis autorizadas a todo.

ANT. ¡Qué exagerado! Si los pobres se contentan con nada... Cuatro bromas, algún pellizco que otro. Los hombres no os hacéis nunca cargo.

CIP. Es que mi dignidad se resiente...

ANT. Así no harás carrera. Mañana dos cajetillas. ¿Y eso?

CIP. (Enternecido.) Así le engañáis a uno. (Relámpago y trueno.) Ya estalló la tormenta.

ANT. Me gusta que truene, que llueva, que se

hunda el mundo, cuando nos coge juntos. Dime que me quieres.

CIP. (Meloso.) ¡Te odio!

ANT. ¡Así la engañáis a una! (Vanse muy amartelados.)

ESCENA VIII

ALBERTO. Después ELENA. La escena queda un momento a oscuras. Se oye un trueno de tormenta lejana. Alberto entra por la derecha cautelosamente, andando de puntillas. Cuando no ha llegado apenas al centro de la escena, sale Elena por la izquierda sin hacer ruido y enciende luz

ELENA ¿Quién.. quién anda por ahí?

ALB. (Inmóvil y aterrado.) Gente de paz.

ELENA ¿Usted?

ALB. (Idem.) Yo, sí, señora.

ELENA ¿Qué significa?

ALB. Pues... verá usted: nada. Me desvelé... Cuando tomo té, me desvela.

ELENA ¡Si no lo tomó usted esta noche!

ALB. Precisamente... Porque sé demasiado que si lo tomo no puedo dormir. Eso es... Así apenas acostado, me dije: esta noche no pego los ojos. Me lo da el corazón.

ELENA Pero, ¿se llegó usted a acostar? Sin desnudarse.

ALB. Vaya si me desnudé. Pero no iba a presentarme ante usted desnudo.

ELENA Pero, ¿cómo sabía usted que me iba a encontrar?

ALB. ¡Un presentimiento! ¿No le ha ocurrido a usted nunca pensar que le sucede algo,.. y sucederle eso mismo? Pues a mí también me pasa. Primero lo pienso, y después me sucede.

ELENA Pone usted cara de estar diciendo muchas mentiras.

ALB. Es posible Es que... No me deja usted ni respirar. Su interrogatorio rápido, intencionado, implacable, me hace perder la cabeza!

ELENA ¡Debe usted perderla con mucha facilidad!

ALB. No tan frecuentemente como pudiera parecer.

ELENA Pero frecuentemente... a lo que parece.

ALB. ¡Usted qué sabe!

ELENA A la vista está.

ALB. ¿Por qué lo dice usted?... ¿Porque me ha encontrado aquí? Eso no es una razón. Entonces yo también podría pensar... que yo también la he encontrado a usted.

ELENA ¿Que está usted diciendo?

ALB. ¡Usted perdone! ¡No sé lo que me digo!

ELENA ¿Me contestará usted francamente a una pregunta?

ALB. (Con terror.) ¿Otra?

ELENA La última. Y no difícil de contestar. Me parece que le ha contrariado a usted el encuentro. ¿Me equivoco?

ALB. ¿Contrariarme?... ¡Qué ocurrencia! ¡Ha sido para mí un placer! ¡No podía dormir!

ELENA Ni yo tampoco. Había salido a tomar un poco el aire... dando una vuelta por el jardín. Aquí hace un calor... Estaba indicado un paseíto a la luz de la luna.

ALB. ¡Muy poético! Pero, ¡qué lástima! No hay luna... Ya lo ve usted. Vamos a tener tormenta.

ELENA Entonces nos quedaremos aquí, no hay otro remedio. Es un poco expuesto, bien se me alcanza. Comprometedor... Pero quizás charlando con usted me entre sueño. (Con exagerada languidez.) ¡Hábleme, hábleme! Arrúlleme usted con sus palabras. Nada hay que adormezca como oir hablar. Cuénteme algo agradable, impreciso, absurdo.

ALB. ¿Agradable y absurdo? No sé nada.

ELENA Sus aventuras amorosas... por ejemplo.

ALB. Eso sería agradable para mí y absurdo para usted.

ELENA ¡Prometo creerlo todo!

ALB. ¡Lo siento mucho, pero no tengo ninguna.

ELENA ¡Granujilla! ¡Sabe Dios cuántas... cuántas!, ¡Un hombre como usted!

ALB. Es lo que yo digo: un hombre tan guapo, debiera haber hecho muchas conquistas. Pero no las hice. ¡Soy muy tímido!

ELENA ¿De veras?

ALB. Como usted lo oye. Tengo miedo. Cuando una mujer me gusta, procuro no verla, para que no me llegue a gustar demasiado.

ELENA De modo que yo, por ejemplo, no le gusto a usted.

ALB. ¿Cómo puede pensarlo?

ELENA Viendo que no le importa verme todos los días.

ALB. ¡Ah, pero es que usted... usted no cuenta! Usted no es una mujer. Es un camarada, un amigote campechano, un delicioso anfitrión. Con usted da lo mismo irse que quedarse. ¿Cuál de nosotros ha osado ni osará nunca hacerle el amor?

ELENA ¿Y por qué no?

ALB. Porque sería tiempo perdido.

ELENA ¡Usted que sabe! Ahora soy yo quien lo dice... Pruebe usted a ver.

ALB. (Levantándose y retrocediendo instintivamente.) ¡Señora!...

ELENA (Riendo.) ¿Y echa usted a correr? ¡Qué pronto! ¡No, no tenga usted miedo! (Pausa breve.. Sé de sobra que esta usted deseando escapar... pero quisiera que fuese usted enteramente sincero conmigo. Usted debió decirme desde el primer momento: «Amiga mía: no he salido para tomar el fresco, me ha hecho muy poca gracia encontrarme con usted... Hubiera preferido que todo el mundo durmiese beatíficamente... Todos menos uno... menos una... ¿No es así?... ¡Contéstame! (Alberto no contesta.) ¿Lo ve usted? ¿Ve usted como yo no me engañaba? Esa atolondrada chiquilla ha estado a punto de cometer una irreparable chiquillada. Porque perderse con usted, es una locura insigne.

ALB. Usted perdone... pero a mí no me lo parece.

ELENA A mí, sí. (Levantandose airadamente.) Ande, ande usted... Siga usted su camino. No quiero detenerle mas.

ALB. Es usted un ángel. (Vase tímidamente avergonzado hacia la puerta de la izquierda. Elena vuelve a sentarse dándole la espalda. Cuando Alberto ha llegado a la puerta dice a media voz.) Buenas noches... y mil gracias.

ELENA (Poniéndose súbitamente de pie y con coraje.) ¿Adónde va usted? (Empieza la tormenta.)

ALB. ¿No me dió usted misma el permiso?

ELENA ¡Qué desfachatez! ¡Yo no he visto un cinismo semejante!

ALB. (Volviendo sobre sus pasos.) Yo creía...

ELENA ¿Qué es lo que usted creía?... ¿Qué? Yo era la que no le imaginaba a usted tan... ¡tan sinvergüenza! Y si se marcha así, tranquila-

mente, como si se tratase de la cosa más natural del mundo!...

ALB. (Resuelto, de improviso.) Oígame usted, señora. Me veo obligado a decirla a usted que cada vez lo entiendo menos. ¿Quiere usted que le diga cual es la impresión que experimento?

ELENA Sí.

ALB. Que nuestro encuentro no ha sido casual.

ELENA Bueno, ¿y qué?

ALB. Que usted lo sabía todo.

ELENA ¿Y qué?

ALB. Que quiso usted impedir lo que yo iba a hacer.

ELENA ¿Y qué más?

ALB. Nada. Contésteme usted antes. ¿Acierto?

ELENA Sí. (Vivamente.)

ALB. (Desconcertado.) Y eso, ¿por qué razón?

ELENA (Mirándole fijamente.) ¿No puede imaginarlo?

ALB. Puedo aventurar tres hipótesis. O la inútil defensa de una amiga, y no creo que usted lleve a tal extremo la amistad... o el capricho y el deseo de reirse de mi azoramiento por la sorpresa, y no me parece que se haya usted divertido mucho... o en fin... ¿me atreveré a decirlo? ¿Sí? ¡Por celos!... Unos celos inexplicables e insospechados. ¡Pero incontestables!

ELENA (Audazmente.) ¡Así es! ¡Por celos!

ALB. (Con un grito de alegría.) ¡Elena! (Corrigiéndose.) Señora...

ELENA ¡Silencio!... No diga usted nada. ¡Qué pensará usted de mí! Pero esta noche, cuando hablaba usted con ella, yo sentí un afán.. ¡Arrojarme entre los dos, separarles, abofetearles.

ALB. ¿Por qué no lo hizo usted? ¡Debió usted hacerlo!

ELENA ¿Pero es que cree usted sinceramente que se puede renunciar a todo... a los veinticinco años?

ALB. ¡No es posible! ¡Pretenderlo, vanidad! ¡No se puede!

ELENA (Continuando.) Reir, charlar, divertirse, rodearse de amigos, no basta. Llega un día en que lo que creíamos muerto y sólo estaba dormido en nuestro corazón, resurge con violencia que no puede sujetar la voluntad. ¡Es un torbellino! Pero una vida entera, todo un

porvenir, depende de ese torbellino... Ya comprendo... No puede usted sentir lo que por mí pasa.

ALB. Siento lo que pasa por mí. ¡Me parece estar soñando!

ELENA Usted vino aquí buscando a otra...

ALB. (Súbitamente.) No me hable usted de ella. No me la nombre usted. Pasó... Me parece no haberla visto hace mil años... Era un capricho pasajero bajo la apariencia del amor... El pobre es a veces feliz en su pobreza cuando no vislumbra la posibilidad de ser rico...

ELENA ¡No!... No intente usted justificar mi atrevimiento... que me sonroja... ¡Bastaría eso para perdernos!

ALB. ¡Para salvarnos!

ELENA (Repentinamente.) ¡Chist! Alguien viene... (Un momento de pausa. Escuchan.)

ALB. (Nervioso.) ¿Quién puede ser?...

ELENA (Rápidamente, en voz baja.) No sé... Váyase... Pronto...

ALB. Irme ahora... Con la miel en los labios... ¡No!... La espero a usted... ¡luego!

ELENA (Idem.) ¡Pronto! ¡Váyase!

(Alberto vase rápidamente hacia el comedor, al foro, y espera tras la cortina. Un segundo después entra Adriana. Al ver a Elena se detiene sorprendida, lívida.)

ESCENA ULTIMA

ELENA y ADRIANA

ELENA (También sorprendida.) ¿Tú?... ¿A quién buscabas?...

ADRIA. (Lo mismo.) Te buscaba a ti... ¿A quién quieres que buscase?

ELENA ¡Ah!... ¿Me buscabas a mí?

ADRIA. No te encontré en tu habitación... ¡Tengo miedo!

ELENA ¿De qué?

(Se oye un trueno.)

ADRIA. (Cubriéndose con las manos la cara y dejándose caer sobre una silla.) ¡Dios mío! ¿No oyes? ¡Cómo truena! Las tormentas me asustan... ¡No me dejan dormir!

ELENA (Súbitamente.) ¿De veras? ¿De veras? (Mirándola maliciosamente.) Entonces dormirás esta noche

en mi cuarto. Así te haré compañía.. ¿Estás contenta?

ADRIA. (Dominándose con gran esfuerzo.) Sí... sí...

ELENA ¡Tener miedo a las tormentas! ¡Qué chiquilla! (La coge del brazo llevándosela.) ¡Pero qué niña eres! ¡Ea!... ¡A la cama, a la cama! (Después, volviéndose hacia el escondrijo de Alberto imperiosamente, repite.) ¡A dormir todo el mundo! ¡Y mañana será otro día! (Apaga la luz. Vanse. Relámpagos, truenos y telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El jardín de Villa-Alegre. A la izquierda, la terraza. A la derecha, verja y puerta de entrada. En primer término, junto a la terraza, mesitas, sillas, butacas de mimbres, mecedoras, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

TOMAS, HIPOLITO, REMIGIO, ANTONIETA. Hipólito, Tomás y Remigio están sentados alrededor de una mesa. Antonieta les sirve el desayuno

REM. (Sujetando el brazo a Antonieta.) ¡Alto ahí! Ya sabe usted que nunca tomo leche.

ANT. Perdone usted, señorito Remigio... Siempre se me olvida.

REM. Deme usted la manteca.

TOMÁS Y écheme usted a mí su parte de leche... Yo, en cambio, tomo mucha, mucha... Prescripción facultativa.

ANT. (Sigue sirviendo.) ¿Así?... ¿Oyeron los señoritos la tormenta de anoche?... (Se miran los tres sin contestar.) Parecía que se iba a refrescar, pero ya se está viendo que no... Va a hacer hoy más calor que ayer, ¿verdad? (Nuevo silencio.) Y eso que ayer... ¡treinta y dos grados a la sombra!... (Silencio.) ¡Treinta y dos! (Sigue el silencio de los otros.) ¡Ay, señoritos! ¿Se han quedado ustedes sordos? (Los tres contestan que no con la cabeza, maquinalmente.) Entonces... ¿mudos?

LOS TRES Eso. Mudos.

ANT. Ya. Ya lo... oigo.

HIP. Nosotros también te habíamos oído. Treinta y dos grados a la sombra... ¡Nos alegramos tanto!

ANT. ¿Tuvieron ustedes muchos mosquitos?

HIP. Muchos. ¿Estás contenta?

REM. ¿Quieres ver las picaduras?

ANT. Es extraño. Al anochecer cerramos todas las puertas y ventanas.

HIP. Pues fué inútil. ¿Nos has servido ya a todos?

ANT. Sí, señorito.

HIP. ¿No falta nada?

ANT. No, señor.

HIP. ¡Guapa chica! Eres una perla. Déjanos en paz.

ANT. ¡Qué modos! Otros días son ustedes los que me dan conversación

HIP. Hoy, no. Ahí verás. No queremos encelar a Cipriano... Te dejamos que descanses. Da las gracias y vete.

ANT. ¡Que ustedes se alivien!(Yéndose.) ¡Habrá groseros! Cipriano tiene razón: ¡son unos grandísimos gorrones! ¡Qué gentuza! (Vase.)

ESCENA II

DICHOS menos ANTONIETA. Después CIPRIANO

TOMÁS (Apenas ha salido Antonieta.) ¿Y después?...

REM. (Con curiosidad.) Continúa.

HIP. Entré en su cuarto de puntillas...

REM. (Con ansia.) ¿Vacío?

HIP. Vacío. La cama, sin deshacer. Me puse a reflexionar un momento... Comprenderás que se imponía la reflexión...

TOMÁS ¿Sobre qué?

HIP. Sobre algunas cosas extrañas, significativas, que me pareció observar anoche. Mientras nosotros leíamos sus versos, él estuvo cuchicheando con la Baronesita... Después de la lectura... ¿No le notásteis vosotros cierta palidez anormal?

REM. Yo sí que lo noté.

HIP. ¿Y su prisa en irse a acostar?

TOMÁS Eso fuí yo quien lo notó.

HIP. ¿Y su mutismo cuando salimos? «Aquí pasa algo», pensé... «Se han citado para esta misma noche.»

REM. ¡Es increíble!

HIP. Nada de eso. ¿Qué os dije yo el mismo día de su llegada?... ¡Es una mujer de cuidado!

TOMÁS ¡De mucho cuidado!

HIP. ¡Vamos, que le tiene todo sin cuidado! Acerté.

REM. ¿Hablas en serio? ¿Les viste?

HIP. ¿A quiénes?

REM. A los dos juntos...

HIP. ¡Pero hombre, si ahora viene lo más chocante.

TOMÁS (Intrigado.) ¡Cuenta, cuenta.!

HIP. (Enfático, misteriosamente.) Salgo de su cuarto a tientas. Me había quitado las zapatillas para no hacer ruido... Por fortuna la tormenta rasgaba de vez en cuando la oscuridad mostrándome el camino. Relámpagos, truenos, la lluvia que azota los cristales, el viento que muje... y yo impetérrito, ¡siempre adelante!

REM. ¡Me parece estar leyendo *El Conde de Montecristo!*

HIP. Llego a la puerta de la sala. Me pongo en acecho...

TOMÁS (Anhelante.) ¿Y qué...?

HIP. (Con solemnidad.) Nada. (Pausa.) ¡Silencio absoluto y oscuridad completa!

REM. ¡Vaya por Dios!

HIP. Eso es lo que yo dije: ¡vaya por Dios! ¡He llegado tarde!... ¡Nadie! (A Tomás.) ¿Qué hubieras hecho tú en aquél momento?

TOMÁS Volverme a la cama.

HIP. Lo mismo hice yo.

REM. ¿Y no pasó nada?

HIP. ¡Quita, hombre, quita!

TOMÁS ¿Queda algo todavía?

HIP. Lo más laberíntico, lo más oscuro, lo más inexplicable... No llevaría cinco minutos acostado cuando *cric*, oigo abrir la puerta del cuarto de Alberto. Era él. ¿De dónde venía? ¿De dónde?

TOMAS ¿De dónde?

HIP. ¡No lo sé!

CIP. (Desde la terraza.) Muy buenos días tengan los señores... ¿Hay apetito?

HIP. Este puede sacarnos de dudas... (A Cipriano.) Venga acá, Cipriano. Te necesitamos un momento.

CIP. (Descendiendo.) ¿En qué puedo servir a los señores?

HIP. ¿Se marchó ya la señorita Adriana?

CIP. En el tren de las seis y cuarenta, sí, señor. Me encargó diese a todos recuerdos de su parte.

HIP. Entonces, ¿la has visto?

CIP. Naturalmente, puesto que la acompañé yo mismo a la estación.

HIP. ¡Admirable! Y .. ¿cómo estaba?

CIP. ¿Cómo estaba?... No comprendo...

HIP. ¿Triste?... ¿Alegre?...

CIP. Eso yo... no me atreví a preguntárselo.

HIP. Soy yo quien te lo pregunta a ti. Tú eres un muchacho inteligente. ¿No notaste en ella nada de extraño? ¿No te llamó la atención nada?

CIP. Espere usted... ¡sí! ¡Es verdad! Me hizo el efecto de que se marchaba poco contenta.

HIP. (A los amigos.) ¿Qué os decía yo? (A Cipriano.) ¿No la encontraste como abatida?...

CIP. Sí, señor, sí. Muy abatida... fatigada...

HIP. (A los amigos.) ¡Más claro, el líquido elemento!... (A Cipriano.) Conque fatigadilla, ¿eh?

CIP. Es natural. La pobre señorita no ha pegado los ojos esta noche.

HIP. ¿Y tú, cómo lo sabes?

CIP. Ella misma me lo dijo.

HIP. ¿Lo dijo ella?... (A los amigos.) ¡Qué valor!

CIP. Al revés, señorito Hipólito; lo que tuvo era miedo... Miedo a la tormenta que no los dejó dormir.

HIP. ¿También te dijo eso?... ¡Cipriano, tú eres un ángel!... ¡El bueno de Cipriano!

CIP. (Sin comprender,) ¿Por qué?

HIP. Por nada. Porque sí. Eres un ángel y me complace reconocerlo. ¡Santa Lucía te conserve la vista!

CIP. ¿Porque dije que la señorita Adriana tenía miedo?... Si no lo cree usted pregúnteselo a la señorita Elena.

HIP. ¡La señorita Elena qué sabe!

CIP. ¡No ha de saber! ¡Si han dormido esta noche las dos en la misma habitación!

TOMÁS (Mirando a Hipólito.) ¿En la misma habitación?

HIP. (Desconcertado.) ¿Cómo dices?...

REM. ¡Pues no lo entiendo!

HIP. (Después de reflexionar un instante, a Cipriano.) Oye:

vete a llamar al señorito Alberto y le dices que venga, que le estamos esperando.

CIP. Va en seguida. (Vase por la terraza. En esta se cruza con Elena.)

ELENA (A Cipriano.) Avise usted cuando esté a punto el coche.

CIP. Sí, señorita.

ESCENA III

DICHOS y ELENA

ELENA ¡Qué madrugadores! ¡Ni siquiera quisieron esperarme para el desayuno! (A Tomás.) ¿Desempeñó usted su cometido? (A Remigio.) ¿Cómo sigue el señor Ministro de Hacienda? (Los tres permanecen en silencio, preocupados. Elena añade con indiferencia.) Ya comprendo. Están ustedes furiosos conmigo.

HIP. (Sirviéndole el café.) ¿Con usted? ¡Nada de eso! Usted dispense... ¿Cuántos terrones?

ELENA Los de siempre, cuatro.

HIP. (Continuando.) Sabemos que usted no tiene la culpa de nada. ¡La causa de nuestra preocupación es bien distinta!... ¿Con leche?

ELENA Sí.

HIP. Esta noche pasada, evidentemente... (A Tomás.) Dame el café... Ha sucedido algo extraordinario que usted conoce y que nos conturba... (A Tomás que ha cogido la cafetera.) ¿Está caliente?

TOMÁS Sí, sí.

REM. Uno de nosotros ha cometido una acción indigna...

TOMÁS Comprometiendo nuestra dichosa tranquilidad.

HIP. ¡Y deshonrando esta respetabilísima casa!

ELENA ¿Por qué? ¿Les contrariaría a ustedes tanto que Roberto me hubiera despertado esta mañana con una apasionada misiva declarándome su amor... y pidiéndome solemnemente mi mano?

HIP. (Aterrado.) ¿El? ¡No! ¡Dígame usted que no es verdad!

TOMÁS ¿Se atrevió a hacer una cosa semejante?

REM. ¿Con usted?

ELENA (Un poco cohibida por el estupor de los otros y cam-

biando de tono.) Sí. Se atrevió. ¿Se me ofrece de pronto la felicidad y ustedes parecen asustados?

HIP. ¡Habla usted en broma!

ELENA No, señor, hablo en serio. Y vengo a pedirle a ustedes consejo y a lograr su aprobación.

HIP. ¡Elena, es ya demasiada burla! Nos ve usted desorientados y se complace en reirse de nosotros. ¡Es un abuso! Porque si eso que acaba usted de insinuar sin asomo de sorpresa fuera verdad... ¡yo le aseguro a usted que a ello nos opondríamos nosotros con todas nuestras fuerzas! Todos los que estamos en esta casa hemos jurado una constitución... Hemos hecho una expresa renuncia y no le toleraremos a nadie una transgresión constitucional tan manifiesta!

TOMÁS Nuestra amistad por usted, la de todos, era desinteresada y sincera, sin asomo de veneno ni cizaña amorosos.

REM. Y la salida de tono de un fátuo no puede destruir nuestro perfecto bienestar.

ELENA (Con cómica tristeza.) ¡Ay, de mí! Llevaré a cabo el sacrificio. Renunciaré resignada a un amor desatado con la violencia de un incendio... Y a un hombre que, reuniendo en sí todas las perfecciones necesarias para hacerme dichosa, quería transformar mi vida monótona y gris en una senda de flores. ¡Es una pena... pero renunciaré!

HIP. ¡No salgo de mi asombro! ¡Cómo pudo atreverse a hacer semejante desatino! ¡Eso es lo que yo me pregunto!

REM. ¡Y yo me pregunto cómo llegó a imaginarlo siquiera!

TOMÁS ¡Y yo me pregunto con qué cara se presentará ahora delante de nosotros! ¡Es un hombre muerto, acabado!

REM. Yo le retiro hasta el saludo.

TOMÁS Me he quedado sin apetito.

HIP. (Como hablando a solas.) ¡Desventurado! ¡Jugarse así una posición tan brillante!

ELENA Seamos justos; no agravemos su culpa, porque a decir verdad, más de la mitad de esa culpa es mía. Vi a la pobre Adriana en peligro y quise salvarla llamando hacia mí al enemigo.

REM. Ah, ¿pero ahora resulta que fué usted?...

TOMÁS Definitivamente, el mundo se desquicia.

ELENA Fué por altruismo. ¿No son ustedes capaces de comprenderlo? Reciente está el caso de un médico que para salvar a un niño consintió cortar de su brazo un trozo de piel.

HIP. No hay paridad. Porque Alberto no es un niño precisamente... Y porque al que sacrica de ese modo su piel... acaban siempre por sacarle tiras de pellejo...

ELENA Además, de paso, quise poner a prueba una vez las grandes pasiones y la sinceridad de los hombres... Ya se sabe. A ustedes les gusta siempre la última que ven... Y yo, que era la última que él veía, llegué a gustarle tanto que...

HIP. (Turbadísimo.) ¿Qué? ..

ELENA ¡Nada! ¡Pobrecillo! ¡Se portó muy bien! ¡Qué juicioso! ¡Me quiere con buen fin, no vayan a creer ustedes! ¡Quiere casarse corriendo! ¡Es muy buen chico!

HIP. ¡Pero ese hombre se ha vuelto loco!

REM. ¡Cómo ha de volverse loco un hombre que siempre ha sido memo!

TOMÁS ¡Perderse así! ¡Es un infeliz!

HIP. ¡Un bestia!

ELENA Les haré a ustedes notar que todas esas exclamaciones son para mí muy poco halagüeñas... ¿No me creen ustedes capaz ni digna de inspirar una pasión?

HIP. ¡Qué vergüenza!... ¡Caer uno de los nuestros tan infantilmente en la trampa!

ELENA ¡Mérito mío! La trampa estaba bien puesta y disimulada... ¡Y les aseguro a ustedes que me costó poco tiempo!

HIP. ¡Y duerme! ¡Es maravilloso! ¡He tenido que enviar a despertarle!

ELENA ¡Pobrecito de mi corazón! ¡Se comprende que necesite descansar, después de tantas emociones! ¡Tal vez sueña dulcemente conmigo!

HIP. ¡El despertar será amargo!

ELENA No. Divertido. Exijo que nos riamos de él un poco primero, y que le perdonemos después. Después de todo le ha fallado la aventura. ¡Qué mayor castigo! No seamos crueles... ¿No les parece a ustedes que ya es bastante?

HIP. ¡No, señora, no! Quedan en pie dos cuestiones: la ofensa inferida a usted que usted generosamente perdona... y la traición a nosotros, acerca de la cual nos reservamos el derecho de proveer lo que estimemos oportuno. (A Remigio y Tomás.) ¿No es así?

REM. Se castiga, no sólo el delito consumado, sino también la tentativa.

HIP. Y castigando la tentativa nos defendemos nosotros y la defendemos a usted.

ELENA ¿A mí, por qué?

HIP. Muy sencillo. Supongamos por un momento nada más, que eso hubiera llegado a realizarse.

ELENA (Riendo.) Si usted tiene gusto en ello, supongámoslo.

HIP. ¡Hubiera sido terrible! Ese hombre de un solo golpe, habría causado ¡cuatro víctimas!

ELENA ¿Cuál hubiera sido la cuarta?

HIP. ¡Usted, usted misma! Nosotros la perdíamos a usted; pero usted se quedaba sin nosotros! ¿Le parece a usted poco?

ELENA ¡Qué desolación tan grande!

HIP. Es así como lo digo. Y usted perdía nueve veces más que nosotros. Haga usted la cuenta con los dedos. Somos tres: una amiga de menos a repartir entre tres, resulta un tercio de amiga por barba. Y usted sola, en cambio, perdía tres amigos completos.

ELENA ¡Una ruina!

HIP. Además, nosotros bien o mal, nos hubiéramos ido apañando. Pero de usted... ¿qué hubiera sido de usted, criatura alocada, «irreflexiva»? ¿Imagina usted posible su vida sin nosotros? Hoy no puede usted darse cuenta de nuestra enorme importancia. Las cosas indispensables no nos lo parecen hasta que las hemos perdido. Salga usted a la calle sin pañuelo, estornude usted y sabrá lo que vale un pañuelo.

TOMÁS Y nosotros somos algo más que un pañuelo.

ELENA Tres pañuelos. Casi media docena.

HIP. ¿Concibe usted al padre sin el hijo? ¿Al hijo sin el Espíruto Santo? ¿Al Espíritu Santo sin el Hijo y sin el Padre? ¡Pruebe usted a casarse con el Hijo si se atreve! ¡Nosotros somos una Santísima Trinidad de cuatro, señora mía!

ELENA Pero yo no pensé en prescindir de ustedes en ningún caso. Ténganlo ustedes muy presente: ¡en ningún caso!

HIP. Señora, usted delira. De una mujer podemos aceptarlo todo. Manos blancas no ofenden... ni cuando pegan, ni cuando pagan... ¡Pero de un hombre que se convierte en su legítimo dueño y señor! Nuestra dignidad, ¿dónde la deja?

ESCENA IV

DICHOS y CIPRIANO

CIP. (Desde la terraza.) Señora, el coche espera.

HIP. (A Elena.) ¿Cómo? ¿Nos abandona usted en estos momentos críticos?

ELENA Tengo que ir a la Casa Blanca. Hoy siegan el trigo. Además, prefiero que le hablen ustedes antes que yo.

TOMÁS Yo me inhibo de esa obligación desagradable.

REM. Y yo me someto a la que decida Hipólito.

HIP. Lo esperaba. En el atraco todos me abandonan. ¡No me importa! Cumpliré con mi deber.

ELENA (A Remigio y Tomás.) ¿Quieren ustedes acompañarme?

REM. ¡Complacidísimos!

TOMÁS Y yo. Me voy por no verle. No podría contenerme. (Mirando a Elena.) ¡Qué grandísimo canalla! ¡Lo que se quería comer!...

ELENA (A Hipólito.) ¡No sea usted implacable! Ya sabe usted: odia el delito...

HIP. (Interrumpiendo.) ¡Sí; y mete en la cárcel al delincuente!

ELENA (A Cipriano.) ¿Qué le ha dicho a usted el señorito Alberto?

CIP. Que viene en seguida.

ELENA Entonces, ¡pronto!, eclipsémonos...

(Vanse rápidamente Elena, Tomás y Remigio.)

ESCENA V

HIPÓLITO. Después ALBERTO. Hipólito se queda solo. Se sienta, enciende un cigarro, y siguiendo un pensamiento íntimo se abandona y tararea el «¡Oh, Paraíso!»

HIP. ¡Oh, Paraíso!... (Cipriano recoge las tazas. Sirve una para Alberto. De vez en cuando se queda mirando a Hipólito entre sorprendido y burlón. Cuando Hipólito acaba de cantar la frase: «Tú m'apartieni... tú m'apartieni a me...» vase Cipriano y entra Alberto por la terraza. Alberto se acerca a la mesita radiante y preocupado.) ¿Te has levantado ya?

ALB. Me parece que sí. ¿Y los otros?

HIP. Se acaban de ir en este momento.

ALB. (Sentándose y sirviéndose el café.) ¿Tú no?

HIP. Me parece que no. Estoy aquí. Te esperaba. Tenemos que hablar.

ALB. ¿Los dos solos?

HIP. Precisamente.

ALB. ¿De qué?

HIP. (Muy grave.) Siéntate.

ALB. (Riendo.) ¿Más de lo que estoy?

HIP. Al asunto. Me han gustado siempre las situaciones despejadas. (Pausa.) Nunca he sabido disimular ni mentir.

ALB. Bien hecho. Mentir es denigrante.

HIP ¡Es bochornoso y ridículo!

ALB. (Sin convicción.) Bochornoso.

HIP. Entonces... ¿por qué mientes tú ahora?

ALB. (Estupefacto.) ¿Yo?

HIP. ¡Tú! ¡Mírame cara a cara! ¿Qué es lo que hiciste anoche?

ALB. (Confuso.) ¿Anoche?

HIP. ¡Sin tomar resuello... que te estás inventando la mentira! ¿Qué hiciste anoche?

ALB. ¿Tienes mucho empeño en saberlo? (Extendiendo el brazo.) ¡Nada!

HIP. A la una y treinta y cinco no estabas en tu cuarto.

ALB. ¿Cómo lo sabes?

HIP. Lo sé. Tardaste casi una hora en volver y estuviste mucho tiempo paseándote y hablando solo.

ALB. ¿Cómo lo sabes?

HIP. Lo sé. ¿Quiénes hablan solos? Los locos o los imbéciles. Escoge. Luego te pusiste a escribir. Ahora deseo saber el significado de estas palabras que pronunciaste repetidamente: «¡Nunca me lo habría figurado!» ¿Qué es lo que no te hubieras figurado nunca?

ALB. (Con repentina fogosidad.) ¡Pues... sí! ¡Déjame que me desahogue! ¡Ya no podía más! No quise despertarte. Pero sentía tal ansia por comunicarle a alguien mi alegría, que me lo gritaba a mí mismo... ¡Creí reventar de gozo! Experimenté anoche la emoción más intensa de mi vida. ¡Quién se lo iba a figurar! ¡No digamos tú y los otros! ¡Yo mismo estoy todavía como asustado! ¡Era lo imprevisto, lo increíble, lo insólito! Era la felicidad más radiante, que se me ponía de pronto al alcance de la mano... Yo alargué la mano y la cogí... ¡Soy dichoso!

HIP. (Irónicamente.) ¡Me das envidia!

ALB. Puedes tenérmela. He llegado ha tenerme envidia yo mismo. Como lo oyes. Me siento transformado. Soy otro hombre. El Alberto que tú conocías ha muerto. ¡Renazco de mis cenizas, pletórico de felicidad, al mágico conjuro de una mujer, que temblorosa de pasión me hablaba para hacerme esperar aún de la vida alegrías nunca imaginables!

HIP. ¿Elena?

ALB. (Con entusiasmo y convinción crecientes.) ¡Elena! ¡Elena! ¡Elena! ¡No pronuncio su nombre; lo paladeo! ¡Como una cucharada de fresa! ¡Como un sorbo de champán! ¡Y me embriaga la idea de renovarme para vivir con ella una nueva vida, lejos del mundo, sin testigos molestos.. sin vosotros, quiero decir! ¡Eso sobre todo! ¡Qué delicia! ¡Qué encanto!

HIP. ¿Y echas en olvido nuestros afanes para crearnos esta tranquilidad envidiable y envidiada?

ALB. (Como absorto.) ¡Yo no veo más que una sola cosa! ¡El risueño porvenir!

HIP. ¿No eras tú quien decía que el amor es la antesala de la imbecilidad?

ALB. Retiro la frase.

HIP. Pero destruyes nuestra obra; la obra de todos.

ALB. ¡Destruir para rectificar! ¡He ahí la verdadera fuerza!

HIP. Pues, ¡óyelo bien!... Si eso ocurriera... nosotros protestaríamos indignados ausentándonos de esta casa para siempre.

ALB. ¡Mejor!... Negocio redondo... A enemigo... que huye, puente de plata.

HIP. (Continuando.) Y sin embargo, todos habíamos jurado la constitución. Nuestra alianza era invencible. Elena estaba bien guardada. Ningún Príncipe fabuloso había conseguido penetrar en su palacio encantado. Vigilábamos nosotros en calidad de dragones. Y ahora resulta que tú, grandísimo dragón, eras ese Príncipe disfrazado. Mintiéndonos amistad nos has herido a traición y sobre seguro.

ALB. ¿Me crees capaz de semejante alevosía? Fué el destino quien lo dispuso así.

HIP. ¡Muy cómodo! Siempre le achacamos al destino las granujadas que se nos antoja cometer. ¡Eres un egoísta despreciable!

ALB. ¡Te atreves a hablar de egoísmo! ¡Contra vuestro egoísmo me revelo yo precisamente! Sois vosotros primero, que sin ningún derecho pretendéis coartar la libertad de esa mujer sometiéndola a vuestro capricho.

HIP. ¡Eres un traidor y un renegado! Uno de esos republicanos feroces que se pasan a la monarquía en cuanto les ofrecen una cartera!

ALB. ¡Que también habrías aceptado tú... si te la hubieran ofrecido! Y entonces sería yo quien protestase en nombre de la consecuencia. Prefiero reservarte a ti la indignación. Porque supongo que no pretenderías que nos casáramos con Elena los cuatro.

HIP. ¡Pretendo que no se case con ninguno!

ALB. ¡Ilusiones! Era fatal. ¿O es que crees sinceramente que se puede renunciar al amor a los veinte años?

HIP. Eso es... ¡literatura!

ALB ¡Son sus palabras mismas! ¡El grito de un alma oprimida que rompe sus ligaduras! Divertirse, distraerse, es sólo engañarse... ¡Llega un momento en que lo que muerto parecía, resurje con inusitada violencia!

HIP Tú estabas allí en aquel preciso momento...

ALB. ¡La casualidad!

HIP. Ella te contempló pasmada...

ALB. Y me dijo: «¡Te quiero!»

HIP. (Soltando la carcajada.) ¡Fenomenal! Eres enorme, definitivo. Un espanto, como diría Tomás. Un espanto de idiotez. Quise ver hasta dónde llegaba tu ceguera y tu vanidad. ¿No comprendiste que se estaba burlando de ti?

ALB. (Poniéndose de pie, lívido, aterrado.) ¡No!

HIP. ¡Sí, sí!... ¡Te la dió! Como a un colegial... ¡Parece mentira! Por supuesto, lo tienes bien merecido.

ALB. Mira, Hipólito... No es cosa de chanza.

HIP. No. ¡Si es lo primero que hasta ahora te he dicho en serio!

ALB. ¡Mientes! ¡No es posible!...

HIP. ¡Me lo acaba de contar ella misma!... ¡A todos! ¿Pues qué te habías creído? ¿Que Elena había sentido de pronto la necesidad de amarte y de ser amada? ¿Que por celos de la otra se había enamorado de ti? ¿Que por ti iban a arrancarse el añadido? ¡Qué inocente! ¡Eres un infelizote!

ALB. ¡No es verdad!... ¡No puede ser verdad!

HIP. Y ahora has caído en la candidez de pensar que una mujer como Elena se enamora tan fácilmente!... Pero, ¿no has tenido nunca cinco minutos para examinarte, desgraciado? ¿No te has mirado al espejo? ¿Te crees guapo? (Silencio de Alberto.) ¡Con esa nariz de berengena! (Silencio de Alberto.) ¿Tienes talento? (Silencio de Alberto.) Demasiado sabes que no. Dinero sí tienes, pero eso no es culpa tuya. Y ella tiene más que tú. Y a pesar de tu riqueza eres un hombre insignificante, de poco mundo y escaso ingenio... ¡Un pelmazo!

ALB. (Con rabia y desconsuelo.) ¡Calla, calla! ¡No me abrumes más! ¡Estoy avergonzado! (Pausa.)

HIP. ¿Dónde está tu ciego orgullo de hace un instante?... ¡Me das compasión! De la cumbre al abismo... en dos minutos y medio. Un pensamiento nos engrandece... ¡Otro nos mata!

ALB. ¡Ah! ¡Pero esto no puede acabar así!

HIP. ¿Cómo querías que acabara? Puedes creer que acabo de hacerte un gran favor. ¡Yo soy amigo de mis amigos!

ALB. (Como hablando consigo mismo.) Y ahora... ¿Qué debo hacer ahora?

HIP. Yo mismo te he dado, sin querer, la salida. Cuando Elena regrese, te dejaré solo con ella.

ALB. ¡No!

HIP. Sí. Con ella. Le harás creer que lo comprendiste todo admirablemente. Que fingiste creerlo para desenlazar de un modo elegante la aventura fracasada por su culpa. Y que hoy le escribiste siguiendo la farsa para provocar una contestación y reirte a la vez con nosotros más tarde. Mucho desparpajo, mucha desenvoltura... Y aquí no ha pasado nada.

ALB. Es que tú no puedes comprender...

HIP. ¿Qué es lo que no puedo yo comprender?...

ALB. Nada, nada... Dios te lo pague. ¡Eres muy bueno, Hipólito!

HIP. ¡Nada tienes que agradecerme!

ALB. ¡Quién sabe!

ESCENA VI

DICHOS. Después ELENA

ELENA (Dentro.) ¡Hipólito, Hipólito!...

HIP. Aquí estamos, señora.

ALB. (Se levanta pálido, rígido.) ¡No quiero verla!

HIP. (A Alberto.) ¡Así no puedes irte! ¡Hay que liquidar!

ELENA (Entrando por la terraza.) Tiene usted que disponer el menú. Tomás y Remigio discuten acaloradamente de la cena extraordinaria de esta noche en obsequio de Víctor y de su vuelta al redil. (A Alberto.) Buenos días, señor dormilón. (A Hipólito.) ¿Quiere usted aportarles el concurso de su sabiduría?

HIP. Haré lo que pueda... para no envenenar la cuestión y para evitar que ellos nos envenenen a nosotros. (Se dirige a la terraza. Desde allí sin ser visto por Elena le hace señas a Alberto dándole ánimos. Vase.)

ESCENA VII

ELENA y ALBERTO. Alberto permanece mudo, abrumado. Elena no se sienta, mirándole de hito en hito. Silencio. Finalmente ella se levanta acercándosele

ELENA — He recibido su carta... y le aseguro que nunca hubiera imaginado...

ALB. — (Interrumpiéndola áspero, casi agresivo.) ¡El daño que me acaba usted de hacer, señora!... ¡Eso es lo que nunca podrá usted imaginar!

ELENA — (Con estupor fingido.) ¿Yo le hice a usted algún mal? ¿Cuándo? (Elena mira a Alberto curiosamente.)

ALB. — (Lenta y dolorosamente.) ¡Sí, míreme usted! Míreme usted bien... Como a un juguete destrozado por su capricho de niña voluntariosa... (Elena quiere hablar y Alberto la ataja con un ademán.) No. Consiéntame usted hablar. Hace un momento al quedarme solo, quise salvar mi retirada, aparentando burlarme como usted se burlaba. Era mi amor propio que quería velar a medias el ridículo... Todo había sido cosa de juego... Y podía terminar sólo con una alegre carcajada y un afectuoso apretón de manos... Pero no. No quiero. La miro a usted otra vez cara a cara y ahora a la luz del día... y percibo otra vez en sus ojos la llamarada imprevista. Recuerdo sus palabras y me dejo embrujar por ellas como por una realidad.

ELENA — ¿Cómo pudo usted creerlo?

ALB. — Lo creí. ¿Hice mal? ¡No importa! Lo importante es que usted sepa que llegué a forjarme ilusiones, y que ahora me place alimentar esa ilusión. Gran victoria la suya, ¿no es cierto? ¿Por qué no se ríe usted? ¡Ríase! ¡Escarnézcame! Llame usted a los amigos.

ELENA — (Que le ha escuchado con asombro creciente.) ¡Ah, vamos! ¡Ahora es usted quien se burla! No querrá usted que tome en serio sus palabras y esa amargura fingida!

ALB. — ¿Por qué?

ELENA — ¡Y me lo pregunta! Anoche me propuse solamente salvar, del modo más seguro y fácil, a una buena amiga que iba a cometer

una ligereza. . Y esperaba de su talento de usted que no me guardaría rencor. Si no lo entendió usted, la culpa no es mía...

ALB. Su culpa es otra: la de haberse manifestado por primera vez como no la había visto nunca. Su fingido apasionamiento—y yo dudo aún que fuera fingido—me hizo pensar: «Si tal es el remedo, ¡cómo será la realidad viva!»

ELENA (Riendo nerviosamente.) ¡Delirios! ¡Su fantasía vuela! La verdad es una sola. Todo lo demás una vanidad, fantasía de usted.

ALB. (Acercándosele.) ¿Y por qué me lo dice usted con voz trémula?

ELENA (Algo desconcertada.) ¿Tiembla mi voz? A mí no me lo parece...

ALB. (Más cerca.) ¿Se siente usted muy dueña de sí? ¿Muy segura?

ELENA (Lo mismo.) ¡Naturalmente! .. ¿Por qué no había de estarlo?

ALB. Es muy sencillo; que usted anoche no mentía.

ELENA ¿No?

ALB. No. Creía mentir. ¡Ilusiones, ilusiones también! Fué usted juguete de su propio juego. ¡Querer someter nuestras pasiones a la voluntad, es vano empeño, atormentada señora mía!

ELENA ¡No! ¡Es la más noble de las victorias!

ALB. ¡A menos que no sea la más despreciable de las cobardías! Por eso yo no las temo y a ellas me abandono. Siempre me creí un excéptico, cazador de aventuras fáciles... Y ahora noto, con sincera alegría, que soy un maravilloso sentimental... Hasta el punto de poderle decirle a usted que la amo como nunca se lo dije a otra mujer.

ELENA Pues no me lo diga. Porque no he de creerlo. No creo en los amores repentinos.

ALB. ¿Por qué no? El amor puede nacer de todo y en todo momento. De un odio exacerbado, de un parecido fugaz... De una añeja indiferencia... De un juego como el de usted, o de una disimulada tristeza como la que ocultaba su juego.

ELENA No, Alberto, no. No se engañe usted. Sería para usted un sacrificio. Para mí un desastre definitivo. Prefiero no arriesgar tanto.

ALB. ¡Esa es precisamente la cobardía!

ELENA Tal vez. Quizá tenga usted razón. Yo también me digo a veces: «¿Por qué no probar?» Pero, ¡me asusto!

ALB. ¿Por qué? ¿No es usted tan dueña de sí propia? ¿Por qué teme quien está seguro de vencer? Después de todo, mi prueba era sólo una pregunta. ¿Me hizo usted tantas anoche! ¿Quiere usted contestarme a una sola? (Elena calla.) ¿Sí? (Acercándosele.) Pues dígame usted en serio que he desvariado, que no me cree, que no podrá amarme nunca... y sin réplica, lo creeré. Me marcharé.

ELENA ¿Palabra de honor?

ALB. ¡Lo juro!... ¿Me voy?

(Pausa. Elena vacila y baja los ojos. Alberto la mira fijamente.)

ELENA ¡Sí! ¡Váyase usted!

(Alberto, pálido, abrumado, inmóvil, nada contesta.)

ESCENA VIII

DICHOS, HIPÓLITO

HIP. (Avanzando cómicamente con precaución.) ¿Molesto?

ALB. (Conmovido, pero resuelto.) No... Llegas a tiempo.

HIP. Ya está ultimado el *menú*. ¡Cosa rica!

ALB. Antes, escúchame un momento. Te hablo seriamente y por última vez.

HIP. ¡Tragedia! ¡Tragedia!

ELENA (Que ha seguido a Alberto con emoción.) ¡Alberto!

HIP. Tranquilícese usted, señora. Déjele usted hablar sin cuidado. Las suyas son tragedias de confitería.

ALB. Ninguna tragedia. Y tengo muy poco que decir: He cometido un error... y he hecho traición a nuestra amistad. En vez de transigir he reincidido. Y he perdido la partida. Pago y me voy.

HIP. Estás chiflado. Y me vas a hacer el santísimo favor de abandonar ese tono fúnebre que no te sienta. A mí, tú no me impresionas. Cuando un señor llega al grado de imbecilidad a que tú has llegado, no tiene el derecho de volver a ser persona seria. Se

queda en imbécil para toda la vida. ¿Digo bien, señora? (Elena calla, volviéndose a Alberto.)

ELENA Perdone usted, Hipólito. Procuraré convencerle yo misma. Son dos palabras.

HIP. (Mirando a Elena.) Perfectamente. La escucho a usted (Pausa.) ¿Cómo?... ¿Debo retirarme?

ELENA Le llamaremos a usted en seguida.

HIP. (Con escama.) ¡Ah, perfectamente! (Mira otra vez con curiosidad a uno y a otra. Después, vase.)

ESCENA ULTIMA

ELENA, ALBERTO. Después, HIPOLITO

ALB. Olvídelo usted todo, señora. Y perdóneme usted. (Hace que se va.)

ELENA Pero, ¿piensa usted irse?

ALB. ¡Cómo quiere usted que me quede! Es una crueldad su pregunta. Después de lo pasado...

ELENA (Pálida, temblorosa, conmovida.) Y si le hubiera mentido...

ALB. (Friamente.) ¿Cuándo?... ¿Anoche o ahora?

ELENA Hasta este mismo momento.

ALB. (Lo mismo.) ¡Demasiado tarde! ¡Me ha hecho usted perder la confianza!

ELENA ¿Y si yo le diera a usted una prueba?...

ALB. Tenía que ser de una fuerza tal... que borrara de un golpe cuanto he sufrido y sufro... ¡Es imposible!

ELENA ¡No!... ¿Por qué? (Adelanta la cara en un gesto rápido, resuelto, ofreciéndole la boca.)

ALB. (Con un grito de triunfo, de júbilo.) ¡Elena! (Se echa en sus brazos. Beso apretado y largo, como en el cine.)

HIP. (Desde la terraza, aterrado, confuso, pronto a morir de apoplegía.) ¡Ah, no!... ¡Socorro! ¡Eso, no! ¡Eso nunca!

(Elena y Alberto se separan rendidos de emoción, como dos culpables.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Al exterior, cielo obscuro y lluvioso

ESCENA PRIMERA

ELENA, ALBERTO, CIPRIANO, ANTONIETA, SALVADOR. Los muebles en desorden, amontonados en el centro y a la derecha. Elena y Alberto, ayudados por la servidumbre, procuran dar a la habitación un aspecto distinto del que tenía en el primer acto, variando la disposición de los muebles. De cuando en cuando, durante la escena que sigue, Alberto se detiene para contemplar el efecto de su obra

ELENA ¿Ese rincón también?

ALB. También. Ahí pondremos el piano. Ese es su sitio. (Cipriano y Salvador colocan el piano siguiendo las indicaciones de Alberto.) Así... Un poco más de través... Ajajá! (A Elena.) ¡Me atacaba los nervios ese rincón!

ELENA ¿Por qué?

ALB. No sé... Me recordaba cosas tristes y lejanas... «El Himno de los Gorrones». (A Antonieta.) Deme usted ese tapiz.

ANT. ¿Quiere el señorito que lo ponga?...

ALB. ¿Tú? Es una cosa dificilísima... (Colocando el tapiz sobre el piano.) No hay nada más difícil que lo sencillo. (Mirando el efecto.) Así, al desgaire... con cierta inconfundible elegancia... ¿Qué te parece?

ELENA Me parece que está bien... pero... no sé... no estoy segura. Como siempre me fié de *los otros*...

ALB. Pues ahora fíate de mí... y enciéndeme un pitillo. (A Cipriano y Antonieta.) Esos cacharros aquí encima.

CIP. ¿Todos?

ALB. (Vacilante.) Todos, creo que es demasiado... (A Elena, que le coloca el pitillo encendido entre los labios.) ¿Qué dices?

ELENA Eso, que me parecen demasiados... Pero puede que resulte *chic*... Creo que ahora es moda.

ALB. Sí. Al menos así lo aseguraba... (Se detiene.) *aquel*.. ya sabes... (A Cipriano.) Esa maceta, aquí. Perfectamente.

ANT. ¡Qué precioso! Parece todo mejor cuando lo dispone el señorito.

ALB. ¡La mano del artista!

CIP. Es la pura verdad. En pocos meses la casa parece otra...

ALB. Pues esto no es nada... ¡Lo que vendrá después! (A los Criados.) Allí, el sofá. Las sillas agrupadas aquí, a la izquierda... (A Elena.) ¿Verdad, cariño, que algo nuevo ha de venir?

ELENA (Riendo.) ¿Qué es lo que vendrá después?

ALB. ¡Misterio! ¡Profundo misterio! (A los Criados.) Sobre el sofá, los almohadones... (A Elena, continuando.) Pero algo ha de venir... esperémoslo...

ELENA Esperémoslo.

ALB. (Continuando.) A romper el plácido curso de nuestra felicidad.

ELENA ¿Romper?

ALB. Quise decir, a completar...

ELENA ¿Qué... te falta algo?

ALB. ¿Qué quieres que me falte teniéndote a ti? (A los Criados.) El *para-vent* más adelante... Muy bien.

CIP. ¡Magnífico! Si viera esto el señorito Remigio reventaba del disgusto.

ALB. ¿Y qué le importa a usted el señorito Remigio? (Severamente.)

ANT. (Rápidamente.) La mesita para el té, ¿dónde la pongo?

ALB. Junto al sofá. (Mirando el reloj.) Y puesto que son las cinco y media, sírvenoslo. Y ustedes pueden también retirarse.

(Antonieta, Cipriano y Salvador vanse. Cipriano, solo, vuelve.)

CIP. Perdone el señorito... si antes me permití...

ALB. No hay de qué. Pero desec que se recuerde a cierta gente lo menos posible... especialmente cuando no es necesario.

CIP. Descuide el señor.

ESCENA II

ELENA, ALBERTO. Después, ANTONIETA

ALB. (Mirando a su alrededor.) Encenderemos... (Enciende.) ¿No es verdad que así está mejor?

ELENA Sí... mucho mejor.

ALB. Lo dices poco convencida.

ELENA Pues no me preguntes. Lo que tú hagas me parecerá bien.

ALB. Te lo pregunto para tener la seguridad...

ELENA ¿Es que tampoco tú estás seguro?

ALB. No es eso. Quiero que la responsabilidad sea de los dos: sencillamente.

ELENA No te atormentes. ¡Si mañana lo revolverás todo otra vez!

ALB. ¿Y por qué no? Hay que renovar con frecuencia el marco de nuestro cuadro. . Las cosas renovadas parecen nuevas... Se las ve de otro modo... Mejor dicho, se las vuelve a ver.

ELENA Tienes razón... ¿Qué hora tenemos?

ALB. Las cinco y media. ¡Te lo acabo de decir!

ELENA ¿Siguen siendo las cinco y media?

ALB. (Asomándose al mirador.) Los días acortan, pero el dichoso temporal los hace parecer largos, lentos, interminables... ¡El diluvio!

ELENA Y así estamos ya una semana.

ALB. Y amenaza seguir lo mismo Dios sabe hasta cuándo... El campo lo aprovecha... Consolémonos. (Pausa.)

ELENA / ALB. (Simultáneamente.) Oye...

ELENA ¿Qué querías?

ALB. Tú primero.

ELENA No, primero tú.

ALB. Tú antes. Sin cumplidos. Di.

ELENA Nada. Quería preguntarte por qué has reñido a Cipriano.

ALB. Porque no hace más que recordar a aquellos tres papanatas... No pasa día... Ayer

hizo el elogio de la puntualidad exquisita de Tomás... No sé con qué motivo... No lo recuerdo .. Hoy le tocaba el turno a Remigio... «Si el señorito estuviera aquí...» «Si el señorito Remigio viese...» ¡Como si a uno le importara mucho el señorito Remigio!

ELENA ¡No hay que exagerar!

ALB. ¡Que no exagero! ¡Me carga que se le nombre siquiera! ¿Quisieron irse? ¿Han tenido a gala no volver a dar señales de vida en seis meses? Pues yo les correspondo haciendo desaparecer cuanto contribuye a que les recordemos. ¿Sabes por qué he querido modificar el aspecto de este rincón? Porque ahí precisamente lucía su ingenio el gracioso de Hipólito con mis versos aquella noche...

ELENA Mientras tú, aquí, intentabas la gloriosa conquista...

ALB. Así puedes llamarla. Nunca pensé llegar a conseguir la victoria. Y, sin embargo, aquí estamos los dos solitos, contentos, felices...

ELENA No...

ALB. ¿No estamos contentos?

ELENA Me refería a la conquista de Adriana.

ALB. ¿De Adriana? ¿Quién se acuerda?

ELENA La verdad es que hizo un papel muy poco airoso. ¡Pobrecilla! Y pensar que después, cuando le anunciamos nuestra boda, nos puso aquella carta tan entusiasta, tan cariñosa...

ALB. ¡No nos lo perdonará nunca!

ELENA Dime la verdad, ¿te gustaba?

ALB. ¿Quién, Adriana? Ni lo sueñes... No sé qué me dió aquella noche... Me había puesto tristón... Necesitaba querer a alguien, hacerme la ilusión del amor... Y se me puso a tiro... la otra... Si no llega a estar aquí Adriana, me enamoro de tu doncella...

ELENA De todas antes que de mí. Gracias.

ALB. Tú no existías. ¿Quién osaba alzar hasta ti sus ojos? Tú eras lo inaccesible, la manzana del Paraíso.

ELENA No mientas. No trates ahora de disculparte. Avergüénzate de haberme querido ser infiel de antemano y en mi propia casa.

ALB. Tú debías ser la última en reprochármelo.

ELENA ¡Qué cinismo!

ALB. Porque si no sucede... lo que no llegó a suceder... no hubiera sucedido lo que sucedió... Eso es.

ELENA ¡Y qué cara de asombro pusiste!

ALB. De sorpresa. De alegría. La que hubiera puesto nuestro padre Adán, que estaba rabiando por probar la fruta prohibida, si Dios, compadecido de él, le hubiera autorizado a darse un atracón.

ANT. (Entra, trayendo el servicio de té.) El señor Ferrara envía a decir...

ALB. (Vivamente.) ¡Ah! ¡Noticias de Ferrara! ¿Ha resucitado?

ANT. Envía a decir que llegó hace una hora... y estará aquí dentro de un instante.

ELENA ¿Cenará con nosotros?

ALB. ¡Claro que sí! ¡Nos contará lo que pasa por el mundo!

ELENA (A Antonieta.) Dígale usted a Salvador que venga.

ANT. En seguida. (Vase.)

ALB. ¡Ya volvió Ferrara! ¡Cuánto me alegro!

ELENA ¿Cuántos días hace que se fué?

ALB. ¡Cinco!

ELENA Desde el lunes...

ALB. Y dijo que iba a volver el martes por la noche.

ELENA ¿Habrá hablado con los otros?

ALB. ¡Qué ha de hablar! Me prometió formalmente que procuraría no verles siquiera... Y Ferrara es hombre de palabra.

ELENA Y un buen amigo.

ALB. El único que nos queda. El único que merece ese nombre. Nos profesa un afecto desinteresado, altruísta, leal. No nos envidia.

ELENA ¿Te acuerdas cómo se puso de nuestra parte? Les echó a los otros en cara su vanidad absurda. Supo comprender la suprema razón de nuestro amor... ¡Y es que Ferrara tiene muchísimo talento!

ALB. ¡Muchísimo! Es todo un carácter.

ELENA Inconmovible...

ALB. ¡De una pieza! (Pausa.)

ELENA ¿Sabes una cosa?... ¡Qué lásima... que sea él!..

ALB. ¿Por qué lo dices?

ELENA Tan bueno... tan inteligente y cariñoso... ¡Pobre!... Pero... no sé... Da muy poco de sí...

significa muy poco en nuestra vida... ¿No te parece?

ALB. Evidente... Que significa poco en nuestra vida es evidentísimo...

ELENA Muy poco...

ALB. Di lo que piensas... Demasiado poco.

ELENA Es un buen señor insignificante.

ALB. Carece de personalidad.

ELENA Carece de todo... Es simpático, pero nada más.

ALB. Simpático... pero menos simpático que los otros... los antipáticos.

(Pausa.)

ELENA Tú has dicho «uno que no nos envidia». Y no has dicho del todo bien.

ALB. Tienes razón.. Es incapaz de sentir ni siquiera envidia.

ELENA Ni tiene por qué envidiarnos. Nuestra felicidad puede a lo sumo causarle un placer sin transcendencia; pero provocar en él la indignación que les causó a los otros... ¡Eso, no!...

ALB. Era poco amigo para eso... Guerrean las naciones vecinas; se odian los pueblos cercanos... Sólo se detesta a los amigos de verdad.

ELENA Luego, Ferrara me pareció siempre poco peligroso.

ALB. Y muy apocado.

ELENA No tiene *cosas*... como el bandido de Hipólito, pongo por caso.

ALB. ¡Por Dios, no compares! ¡Qué diferencia!

ELENA ¡Enorme! (Pausa.) ¿Qué hora es?

ALB. Pero, hija, ¡si te lo he dicho ya dos veces!

ESCENA III

DICHOS y SALVADOR

SALV. (Entrando.) ¿Me llamaba la señora?

ELENA Sí. Esta noche cena con nosotros el señor Ferrara. Y mañana almorzará aquí también, probablemente.

SALV. (Asintiendo.) Sin duda que almorzará... Porque mañana es el cumpleaños de la señora...

ELENA Miren Salvador... ¡Qué presente lo tenía!

SALV. Ciertas fechas no pueden olvidarse, señora.

ELENA (A Alberto.) Y tú, ¿lo recordabas?

ALB. Lo recordaba... ¡Ya verás cómo sí!

SALV. ¡Qué fiesta el año pasado! El día de hoy lo pasé en Milán haciendo provisiones.. bajo la inmediata dirección del señorito Hipólito.. ¡Y qué plato tan delicioso aquel que cocinó él en persona y cuya receta se negó a facilitarme! Confieso mi derrota. ¡Jamas paladeé ni hice paladear nada tan exquisito! (Pausa.) Para mañana, ¿tiene que darme alguna orden la señora?

ELENA (Con tristeza.) No; ninguna.

ALB. Ninguna.

SALV. Lo siento.

ALB. ¿Por qué?

SALV. ¡Qué quieren los señores!... Mi misión se reduce ahora a bien poca cosa.. ¡No hay modo de lucirse! ¡Acabaré pidiendo rebaja de salario!

ALB. (Riendo.) Tú desearías para mañana un banquete para veinte comensales, ¿no es verdad?

SALV. Lo que yo quisiera sobre todo es que vinieran personas peritas capaces de apreciar mi trabajo.

ALB. O de darte buenos consejos.

SALV. También.

ALB. Como .. como..,

SALV (Completando.) ¡Como el señorito Hipólito! Pero, por otra parte, yo comprendo que no se pueden pedir imposibles.

ALB. ¿El señorito Ferrara no te basta?

SALV. Si les basta .. a los señoritos... Por mí, encantado... ¿Desean los señores algo más?

ELENA No, gracias.

(Salvador saluda y vase.)

ALB. ¿Has oído?

ELENA Lo que yo te decía. A Ferrara no se le toma en consideración.

ESCENA IV

ELENA, ALBERTO y VICTOR FERRARA. Después ANTONIETA

VÍCTOR (Entrando.) ¡Qué tiempecito!... ¡Agua, viento! ¡El diluvio! ¡Es ya irresistible! (Besa la mano de Elena. Estrecha la de Alberto.)

ALB. Nos lo cuenta usted a nosotros?

VÍCTOR ¿Qué habrán pensado ustedes de mí?

ELENA Horrores. Casi como del tiempo. Que se pasaba usted al enemigo.

ALB. Que le habían catequizado a usted aquellos sinvergüenzas.

VÍCTOR ¡Ah, no! Tranquilícense ustedes. ¡Cinco días de trabajo y de aburrimiento! No veía la hora de volverme a mis soledades. La gente me molesta.

ALB. ¿Toda la gente?

VÍCTOR La multitud, el barullo... Me pone enfermo.

ALB. Y... no llegó usted a tropezarse...

VÍCTOR Con ellos... Sí; un día... Ayer, creo que fué ayer.

ELENA (Riendo.) Malo... malo... El amigo titubea.

VÍCTOR Le digo a usted que no... Apenas si cruzamos unas palabras.

ALB. ¿Dijeron algo de nosotros?

VÍCTOR Ni la más leve indirecta... ¡Puedo jurarlo!

ALB. (Mirando a Elena desilusionado.) ¿De veras?

VÍCTOR Más les diré a ustedes. Cuando quise hacer referencia a la felicidad que en esta casa se disfruta, a la quietud y la alegría de este amoroso nido, etcétera, etcétera, Hipólito desviaba la conversación.

ELENA ¡El tirano, ya se sabe! El es quien los dirige y los domina.

VÍCTOR ¡El es!

ALB. Pero supongo que usted habrá puesto las cosas en su punto... diciéndoles que nos pasamos sin ellos tan ricamente...

VÍCTOR ¡Claro que se lo dije!... Pero no me hicieron caso.

ALB. ¿No le creyeron a usted?

VÍCTOR ¡Dicen que eso es imposible!

ALB. ¡Qué ilusos! ¡Qué majaderos! ¿No comprenden que si quisiéramos tener la casa llena de gente lo lograríamos a poca costa?

VÍCTOR ¡Eso es lo que yo les dije!

ALB. (Disimulando mal su interés.) Y ellos, ¿qué contestaron?

ELENA Eso. ¿Qué contestaron?

VÍCTOR ¡Se echaron a reir!

ALB. ¡Hombre! ¿Y por qué?

VÍCTOR Usted no se lo explica, ¿verdad? Pues yo tampoco. ¡Se dan mucho tono! Se creen por lo visto indispensables... deseados...

ALB. ¿Qué te parece, Elena?... ¡Deseados! ¡Si aquí ya nadie se acuerda de ellos!

ELENA ¡Para nosotros están muertos, suprimidos, borrados!

VÍCTOR ¡Se nota! ¡Yo al menos lo noto! ¡Pero vaya usted o convencerles! No hay quien les apee de su burro... ¡Y no quieran ustedes saber la vidita que hacen!

ALB. ¿Se aburren magníficamente?

VÍCTOR ¡Una vidita imposible! Trasnochan... duermen durante el día, no se privan de nada. Teatros, cenas, mujeres... ¡Un horror! ¡Les costará la vida.

ALB. ¡Así sea!

VÍCTOR Es Hipólito quien los encenaga. Claro, ¡como que él tiene una resistencia de caballo!... ¡Cómo bebe, cómo traga! ¡Cualquier día da un estallido!

ALB. No se preocupe usted... Eso sería lo lógico. Pero a lo mejor sucede todo lo contrario, por ejemplo, que se muere usted antes que él...

VÍCTOR Pues me contrariaría... lo confieso...

ELENA O que después de tanto criticarlos acaba usted acompañándoles en sus francachelas...

VÍCTOR Ya quisieron conquistarme. Pero no me doblegan. Cuando yo me trazo un plan de vida, lo sigo inflexiblemente. Sólo cedo ante una mujer. Desgraciadamente no hay viceversa: ellas casi nunca ceden ante mí.

ANT. (Entrando.) Señorito Alberto, el administrador le espera a usted en su despacho.

ALB. (Contrariado.) ¡La cuenta diaria! ¡Qué pesadez! Siempre he sido poco aficionado a las matemáticas!...

ANT. Era la costumbre del señorito Tomás...

ALB. Sí. ¡El ministro de Hacienda! ¡Pero le dejamos cesante!

ANT. ¿Le digo al administrador que vuelva mañana?

ALB. Sí... ¡No! Dígale usted que voy en seguida. (A Víctor.) ¿Me perdona usted un momento?

VÍCTOR ¡No faltaba más!

ALB. Sin cinco minutos.

(Vase Alberto con Antonieta.)

ESCENA V

ELENA y VICTOR

ELENA (Apenas ha salido Alberto dice en tono grave y misterioso.) Amigo Víctor, estoy a punto de hacer una tontería.

VÍCTOR (Alarmado.) ¿Una tontería?

ELENA Creo que hablo con un amigo... y con un hombre de honor.

VÍCTOR Esa pregunta debería ofenderme.

ELENA ¿Me jura usted no decir nunca a nadie nada de cuanto yo le diga?

VÍCTOR ¡Lo juro!

ELENA Pues bien, ¡yo engaño a Alberto!

VÍCTOR (Asombradísimo.) ¡Usted!... ¡A los seis meses!... ¡Qué pronto!

ELENA No. He reflexionado mucho antes de decidirme. He observado a fondo a mi marido estas últimas semanas... Y aunque procure mostrarse alegre, satisfecho, como al principio, no puede disimular que se aburre, que le falta algo...

VÍCTOR ¡Qué ocurrencia! ¡No es posible!

ELENA ¡Sí lo es, sí! Estoy plenamente convencida... Y cuando he visto que la cosa no tiene otro remedio... no he vacilado un instante... (Se dirige a la mesa, abre uno de los cajones y saca una carta.)

VÍCTOR (Entre dientes.) ¡Desventurada!

ELENA (Continuando.) ¡Y le he escrito!...

VÍCTOR ¿A quién?

ELENA A Hipólito.

VÍCTOR ¿A Hipólito?

ELENA Sí. Porque he pensado: Mañana es mi cumpleaños... ¡Quién sabe! Acaso también él lo recuerde. ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no decirles: «Volved»?

VÍCTOR (Tranquilizándose.) ¡Ah! ¿Pero es eso? ¡Respiro!

ELENA ¿Pues qué se había usted creído?

VÍCTOR No sé... no comprendo...

ELENA No puede usted comprenderlo... Ni Alberto quiero que llegue a adivinar nada... Quiero que crea su vuelta una cosa espontánea, un rasgo de ellos que venga a interrumpir con

un bullicio nuestra vida monótona... Usted debe ayudarme. No he querido confiar mi carta a un criado. Alberto les ha prohibido hablar siquiera de los emigrados... Guárdesela usted. (Se la da.)

VÍCTOR (Guardándosela muy cuidadosamente.) Sí, señora... La llevaré con mucho gusto... Y la tendrán en su poder mañana temprano... Si yo llego a imaginar esto les hubiera hablado ayer mismo. Porque me parece... me parece... ¡que ellos no están deseando otra cosa!

ELENA ¿De veras?

VÍCTOR He dicho me parece. No respondo de nada. Se hacen los desdeñosos, probablemente para no tener que tomar ellos la iniciativa. Pero a la menor insinuación...

ELENA ¡Ojalá!

VÍCTOR No lo dude. Y si no... Figúrese usted que anoche...

ELENA (Interrumpiéndole.) ¡Chist! ¡Alberto!

ESCENA VI

DICHOS y ALBERTO

ELENA ¡Cómo! ¿Se va usted tan pronto?

VÍCTOR Sí; pero a las siete estoy ya de vuelta.

ALB. ¡Bravo! No nos abandone usted. Después de cenar hemos de componer un *puzzle* complicadísimo... Un verdadero rompecabezas. ¡Lo que nos vamos a divertir! (A Elena.) Apropósito: El administrador desea que compulses tú tambien las cuentas.

ELENA ¿Para que necesita mi inspección? Las has visto tú y ya sobra.

ALB. No. Es terrible, pero no basta. Hay que complacerle. Es un hombre escrupulosísimo... Anda, que te está aguardando.

ELENA ¡No hay remedio! (A Víctor.) Hasta luego. (Le hace señas por detrás de Alberto.)

VÍCTOR (Dándose por enterado.) Hasta luego, Elena. (Vase Elena. A Alberto.) Yo también me voy... Vuelvo en seguida.

ALB. No... Un momento... ¿Puedo confiar a usted un grave caso de conciencia? ¿Quiere usted ser mi confesor?

VÍCTOR ¿Yo?

ALB. No tengo otro. Usted conoce perfectamente todo lo ocurrido antes y después de mi matrimonio con Elena.

VÍCTOR Al detalle.

ALB. Casándome con ella yo le he dado, al menos así lo imagino, una felicidad nueva... Pero he destruído sin querer su antigua felicidad. La que estaba representada, no sé por qué, en esta casa por aquellos tres gansos!...

VÍCTOR (Rápido.) No siga usted... Adivino lo demás... ¡Le ha escrito usted a Hipólito!

ALB. (Estupefacto, sacando del bolsillo una carta.) ¡Cómo puede usted saberlo! ¡Si no se lo he dicho a nadie!

VÍCTOR (Cogiendo la carta y guardándosela.) ¡Perspicacia! Nada más que perspicacia... ¡Al buzón!... Y ha hecho usted divinamente. Había que poner fin a esta situación anómala... Volver a la pasada vida... ¡Ya era hora! Bien, muy bien, requetebién... Ahora envío las dos juntas, y si aun así no se deciden, voy yo mismo y los traigo, aunque tenga que recurrir a la fuerza pública.

ALB. (Cada vez más intrigado.) Dice usted que envía las dos... ¿Qué significa? ¿Quiere usted explicarse?

VÍCTOR No, señor, no quiero explicarme... ¡Es mi secreto!

ALB. ¿Usted les dijo algo... adivinó mi propósito?

VÍCTOR No me pregunte usted nada... Aquí viene Elena.

ELENA (Entrando.) Ya está todo listo.

VÍCTOR (Vivamente.) Tengo mucha prisa. ¡Hasta dentro de un rato! (Vase.)

ESCENA VII

ELENA y ALBERTO

ALB. (Después de mirar un momento pensativo a la puerta por donde salió Víctor.) ¡Es extraño!

ELENA (Acercándosele.) ¿El qué es extraño?... ¿Qué piensa?

ALB. (Decidiéndose.) Pienso... que ha llegado el momento de decir la verdad.

ELENA (Turbada.) ¿La verdad?

ALB. ¿Has visto a ese hombre que acaba de salir?

ELENA Sí.

ALB. ¿Sabes por qué se fué corriendo?

ELENA (Vacilante.) No.

ALB. ¿Sabes qué lleva ese hombre en el bolsillo?

ELENA (Rápidamente.) ¡Una carta!

ALB. ¿Para quién?

ELENA Para Hipólito.

ALB. ¿Escrita por quién?

ELENA ¡Por mí!

ALB. (Estupefacto.) ¿Por ti?

ELENA No me atrevía a decírtelo... Temí que te pareciese mal... Que no me lo permitieras... Pero estaba convencida de que era necesario...

ALB. ¿Necesario? ¿Qué es lo que era preciso que tú escribieses? ¿Qué ventolera te ha dado?

ELENA ¿Te lo cuento?

ALB. ¡Dímelo todo!... Tanto más cuanto que yo también tengo algo importante que decirte.

ELENA ¿También tú?

ALB. ¡Vaya! Pero no es fácil de decir...

ELENA ¡Habla! Y yo hablaré luego también. ¡Te lo prometo!

ALB. Pues verás... No sé cómo explicarte... pero es lo cierto que de algunos días a esta parte especialmente... desde que empezó el mal tiempo, ¿comprendes? siento grandes remordimientos.

ELENA ¿Remordimientos? ¿De qué?

ALB. Sí. Tú estabas habituada a otro género de vida. Hipólito—no tengo más remedio que nombrarle—Hipólito, Tomás, Remigio y yo mismo éramos para tí un mundo microscópico... que edificaste tú misma... Y que había llegado a serte necesario... Eras una reina constitucional, y necesitabas el comodín de los Ministros responsables... Cada uno de nosotros tenía cerca de ti, en tu casa, una misión... insignificante, si quieres, pero imprescindible.

ELENA Imprescindible, precisamente...

ALB. Absolutamente. Son las pequeñeces, acumuladas, las que constituyen nuestra felicidad o nuestra desgracia. Y a veces lo que signi-

fica poco o nada para los demás es para nosotros de capital trascendencia...

ELENA Pero, ¿tú crees que me mortifica su falta?

ALB. No lo creo. Lo sé de fijo. Con mi presencia yo vine a destruir lo que constituía desde mucho tiempo tu diversión y un poco también tu comodidad.

ELENA Pero, ¿no estabas tú aquí?

ALB. Sí, aquí estaba yo... y conmigo mi amor infinito... pero solo de amor se vive... hasta cierto punto... ¡Lo he sentido en tantas cosas... Incertidumbres... preocupaciones, distracciones que eran en ti apenas perceptibles.. pero que me impulsaban a proporcionarte de nuevo aquello de que te privé involuntariamente... Mi orgullo me impedía humillarme ante los que nos habían abandonado. Pero mi amor ha vencido a mi orgullo. Y para celebrar tus cumpleaños mañana, quiero ofrecerte ese espléndido regalo: la vuelta al redil de esas ovejas descarriadas.

ELENA ¿Y qué has hecho?

ALB. Muy sencillo: escribirle a Hipólito.

ELENA ¿También tú?

ALB. ¡Ya ves cómo he acertado! ¡Cómo he sabido adivinar tus deseos!

ELENA No, Alberto, no. Te engañas. Yo le escribí por motivo bien distinto. Yo también tenía remordimientos, ¿sabes? Me acusaba de haberte privado de muchas cosas... De hacerte vivir lejos de todo, aislado del mundo...

ALB. Pero si ese era mi bello ideal... Una cabaña y tu amor... Y tengo tu amor... y algo más que una cabaña.

ELENA Pero, confiesa que algunos ratos, muchos ratos empiezas a sentir el peso de nuestra vida feliz, pero monótona.

ALB. ¡Ni por soñación!

ELENA Eres muy amable... pero poco sincero.

ALB. Te aseguro...

ELENA No, Alberto. ¡Si no te lo reprocho! Me parece naturalísimo... Tú mismo lo acabas de decir. Sólo de amor no se vive... Y para completar nuestra dicha tenemos necesidad...

ALB. ¿De ellos?....

ELENA Sí. De quienes nos conozcan lo bastante. De

quienes nos rodeen tan de cerca que puedan comprender nuestra felicidad.. y envidiárnosla!

ALB. ¿Y no le daremos demasiado importancia a esa gente?

ELENA ¡La que tienen! ¡Doble ceguera la mía! Primero quise ahuyentar de mí para siempre el amor... y el amor se burló de mí, venciéndome... cuando quiso. Ensoberbecidos luego con nuestro amor, quisimos prescindir del mundo entero que nos estorbaba... como los espectadores de un drama quisieran aniquilar de un golpe al traidor...

ALB. Sin comprender que así acabaría la función muy temprano.

ELENA Así es la vida. Benditos quienes nos odian, quienes nos zahieren y nos envidian... porque ellos nos apasionan en eso que llamamos pequeñeces y nos distraen de la desconsoladora y única verdad: que la vida es muy corta y la tierra ¡tan grande!, un grano de arena en el espacio.

ALB. En suma, ¿que nos rendimos a discreción? ¡Se van a poner poco tontos!

ELENA ¡Qué importa si ellos nos sirven para seguir encontrando dulcísimo lo que empezábamos a encontrar dulce nada más! En apariencia, llamándoles, seremos a sus ojos dos náufragos de nuestro suelo romántico. Y reventarán de gozo. Pero lo cierto es que somos dos señores egoístas que necesitan crearse un publiquito...

ALB. Y para no molestarnos en ir en busca del mundo... ¡nos lo hacemos servir a domicilio! ¡Admirable! ¡Es un lujo de archimillonarios!

ELENA No. Un refinamiento de enamorados. Y ahora, voy a vestirme para la cena, que se hace tarde.

ALB. (Reteniéndola.) ¡Elena! ¿Necesito decírtelo? Eres una mujer deliciosa...

ELENA Casualmente, hoy me encuentro fea...

ALB. ¡Qué herejía! Más encantadora que ayer... Mañana más que hoy...

ELENA Lo hacen tus ojos...

ALB. Los tuyos...

(Vanse cada uno por un lado.)

ESCENA VIII

HIPOLITO, REMIGIO, TOMAS, CIPRIANO, ANTONIETA. Después VICTOR, y Cipriano se colocan cada uno a un lado de la puerta, mientras Hipólito, Tomás y Remigio entran uno tras de otro procesionalmente

CIP. Y ahora, ¿no debemos anunciarles?

HIP. ¡Silencio!

ANT. ¿Ni a la señora tampoco?

HIP. ¡A nadie!... Digo, a Salvador sí...

TOMÁS Para no correr el peligro de quedarnos sin cenar.

HIP. Y solo por eso. No lo perdamos todo... ya que hemos perdido el honor.

CIP. Se hará lo que manden los señores.

(Salen con Antonieta.)

HIP. (Mirando en derredor grave y curiosamente.) ¿Qué efecto te hace?

REM. ¡Horroroso! No puede darse peor disposición a los muebles de esta sala.

TOMÁS ¡Y así andará todo! ¡Son dos calamidades!

HIP. Eso son niñerías... Yo pienso en otra cosa... Amigos míos... ¿necesito confesároslo? Estoy cohibido... cortado... ¡Tengo miedo!

REM. ¡Tenemos mucho miedo!

HIP. Y muy poca vergüenza. ¡Es una cobardía haber venido! Una debilidad, la primera de mi vida, que nunca me perdonaré. Porque, ¿de qué servirá ahora seguir haciéndonos los fuertes?

TOMÁS De nada. Por eso precisamente queríamos hacerte venir.

HIP. De mal el menos. Pongamos que la culpa es vuestra. Sin mí, hubiérais transigido antes... Durante meses he resistido heróicamente... Pero se puso a llover... ¡y adiós entereza! Es increíble cómo influye el mal tiempo en los temperamentos sensibles... en las personas de talento. (A Tomás.) ¿Dónde dejaste los paquetes?

TOMÁS ¿Qué paquetes?

HIP. Los de los regalos...

TOMÁS Aquí los traigo.

HIP. Perfectamente. Será una buena excusa. Les diremos: «Venimos después de seis meses a

traeros los regalos de boda... pero sin dejar de sentir por vosotros un olímpico desprecio!»

REM. ¿Y nos iremos en seguida?

HIP. No sé... Esperaremos a ver qué pasa.

VÍCTOR (Entrando precipitadamente.) Pero, ¿es cierto?.. ¿es cierto? Han llegado ustedes... ¿Están ustedes aquí? (Les estrecha sucesivamente las manos, casi conmovido.) ¿Querrán ustedes creerme?... ¡me parece increible!

HIP. ¿Qué quiere usted, amigo? Hay que ser caritativos de vez en cuando... Esta pobre gente, sola, abandonada, aburrida... ¡nos daba muchísima pena! Al corazón no se le manda... y yo he tenido siempre demasiado corazón.

VÍCTOR ¿Y ellos?... ¿No saben nada?

HIP. Nada. Queríamos sorprenderles con un efecto teatral... ¡Pobrecillos!

VÍCTOR ¡Pues se van a volver locos de gusto! No esperaban otra cosa! ¡No anhelaban otra cosa!

HIP. Usted perdone... ¿Y usted cómo lo sabe?

VÍCTOR ¡Por ellos mismos!

HIP. ¡Pues ya podía usted habérnoslo dicho antes!

VÍCTOR ¡Es que no se han clareado conmigo hasta hoy! ¿Quiere usted convencerse? ¡Lea usted! (Le enseña las dos cartas.)

HIP. (Estupefacto.) ¿Para mí?

VÍCTOR ¡Para usted, sí señor! Fuí a la estación para echarlas en el propio tren; pero me enteré a tiempo de que habían llegado ustedes y me apresuré a venir. ¡No podía llegar más rápidamente a su destino!

HIP. (Leyendo una de las cartas.) «Querido Hipólito: mañana es el cumpleaños de Elena... No hagáis más el bruto y venid.—Alberto.» (Se la pasa a Tomás y lee la otra.) «¿Qué pensará usted de mí que le escribo para suplicarle... ¡vuelvan ustedes, Elena?» (Pasa la carta con explosiva alegría.) ¡Ah! Me siento renacer! ¡Qué peso se me quita de encima! Son ellos quienes nos suplican... ¡Son ellos! Nos piden perdón. ¡Lo sabía! Ya no podían vivir sin nosotros! Amigos, ¡nuestra superioridad es indiscutible!

ESCENA IX

DICHOS, ALBERTO, ELENA. Después un CRIADO

ELENA (Entra por la izquierda, saludando uno a uno jovialmente a los amigos, dispuestos por este orden.) ¡Hipólito... Tomás... Remigio... Víctor!... ¡El ministerio en pleno! (A Alberto que entra por la derecha.) ¡Mira, Alberto! ¡La guardia de honor!

ALB. (Lo mismo que Elena) ¡Señor Ferrara!... Remigio... Tomás... Hipólito!

ELENA ¡Qué malos! ¡Pero qué malos han sido ustedes! Merecían ahora ..

ALB. Que les pusiéramos en la puerta, que voláramos el puente; «Puente de plata, por donde se quisieron ir...

HIP. ¡Ha sido una lástima! La servidumbre nos ha traicionado... Fracasó el golpe teatral!...

ELENA Créanlo ustedes... estoy emocionada.

HIP. Con permiso. Presa yo tambien de una sincera emoción, pronunciaré pocas, pero sentidas palabras... (Adoptando su tono favorito de superioridad benévola.) «Señora, caballero: Dolidos por la pasada afrenta, que no olvidaremos jamás, les hemos odiado a ustedes durante seis meses largos con todo el ímpetu de nuestro corazón. Y aunque adivinando sin esfuerzos la desolación lamentable—el vacío horroroso en que sumía a esta casa nuestro abandono—monumento de fiereza y dignidad—ni por un instante nos hizo flaquear el remordimiento, a pesar del tiempo pésimo, lo declaro con orgullo, y no hubieran ustedes tal vez vuelto a gozar del inenarrabble placer de nuestra presencia si, de improviso, dos desoladas, tiernas y humildísimas cartas...

ALB. (Interrumpiéndole.) ¡Perdona! ¿Cómo has podido recibirlas tan pronto?

HIP. (Desconcertado.) El cómo .. es lo dé menos. Y a ti no te importa... Bástete saber que si nos encontramos aquí es únicamente porque las hemos recibido.

ALB. ¡Si las habíamos enviado esta misma noche!

HIP. ¿Y qué pretendes probar con eso?

ALB. Pues que habéis venido antes de recibirlas. ¡Quiero que conste!

HIP. ¿Ah, sí?... Pues yo también quiero que conste que las habéis escrito antes de llegar nosotros... ¿Serás capaz de negarlo?

(Un criado levanta la cortina que conduce al comedor y dice:)

CRIADO ¡La señora está servida!...

TOMÁS (Volviéndose.) ¡Santa palabra! Es la que corta todas las discusiones.

HIP. (A Elena y Alberto.) ¡Que siempre han de ser ustedes tan afortunados!

(Se disponen todos a pasar al comedor.)

ALB. (A Elena, aparte.) ¡Elenita! ¡Corazón mío! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría! (Besándola apasionadamente.) ¡Toma! ¡Te lo mereces!

ELENA ¡Ah!... ¡Cuanto tiempo hacía que no me besabas así!

(Los amigos dos a dos se colocan a ambos lados de la puerta cuando Elena y Alberto van a cruzar el dintel, Hipólito protocolario dice:)

HIP. ¡Atención!...

(Y todos se inclinan, hacen una profundísima y cómica reverencia ante el amor que pasa... al comedor.)

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de José Juan Cadenas

Inés de Castro ó Reinar después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó (1).

El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso original (1).

La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner (1).

Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolora, juguete cómico en un acto y en prosa (2).

El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso (3).

El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa (4).

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso (5).

El Delirio Dominical, humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso (6).

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso (5).

El conde de Luxemburgo, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas, opereta en tres actos.

¡¡Al fin, solos!!... juguete cómico-lírico en un acto, original en prosa (2).

La mujer divorciada, opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.

Princesitas del dollar, opereta en tres actos.

Los molinos cantan... opereta en tres actos (5).

Los Húsares del Kaiser, opereta en tres actos.

Mis tres mujeres, opereta en tres actos (5).

Petit café, comedia en tres actos de Tristan Brenard.

Los inmortales, comedia en cuatro actos de Flers y De Caillavet.

La toma de la Bastilla, comedia en cuatro actos.

La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, música del maestro P. Luna (5).

La señorita Capricho, opereta en tres actos, música de H. Bereny (5).

Las píldoras de Hércules, opereta en tres actos (5).

A ver si cuidas de Amelia!, opereta en tres actos (5).

El Príncipe Carnaval, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde (5).
El Señor Juez, vodevil en cuatro actos (7).
Mi tía Ramona, comedia bufa en tres actos.
Mi amiga, humorada en tres actos (5).
La loca aventura, comedia en tres actos (7).
El capricho de las damas, vodevil en tres actos, música del maestro Foglietti.
La invitación al vals, opereta en tres actos, música del maestro Strauss. (5)
La mujer ideal, opereta en tres actos. (5)
Los trovadores, comedia lírica en tres actos, música de los maestros Calleja y Foglietti. (5 y 7)
El abanico de la Pompadour, vodevil en tres actos. (5)
La reina del cine, opereta en tres actos. (5)
La bella Riseta, opereta en tres actos, divididos en un prólogo y cuatro cuadros, música de Leo Fall. (5) y (7)
El amor en automóvil, vodevil en tres actos. (5)
El último Mosquetero, vodevil en tres actos. (5)
La dama blanca, opereta en tres actos. (5)
La princesa loca, opereta en tres actos. (5)
La araña azul, vodevil en tres actos. (8)
Los alegres maridos de Maxim's, vodevil en tres actos, música del maestro Calleja. (8)
La toma de la Bastilla, juguete en cuatro actos.
La corte de los gorrones, comedia en tres actos y en prosa. (8)

---

(1) En colaboración con D. Luis París.
(2) Idem con D. Enrique López-Marín.
(3) Idem con D. Enrique García Alvarez.
(4) Idem con D. Cristóbal de Castro.
(5) Idem con D. Ramón Asensio Más.
(6) Idem con D. Agustín R. Bonnat.
(7) Idem con D. Enrique Gutiérrez Roig.
(8) Idem con D. Sinibaldo Gutiérrez.

Precio: DOS pesetas